BOLSILIBROS BRUGUERA
la conquista del ESPACIO

EL POZO MAXIMO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



eb

LA CONQUIST
DEL ESPAC

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

248 — El acuario — *Ralph Barby*
249 — El traslado — *Marcus Sidéreo*
250 — ¡Explosión! — *Glenn Parrish*
251 — Ataúd para un robot — *Adam Surray*
252 — Megasistema — *Clark Carrados*

GLENN PARRISH

EL POZO MAXIMO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 253
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.113 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición: junio, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1975

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre y la mujer estaban atados a sendos árboles, incapacitados para moverse, mientras la enorme bestia avanzaba lentamente hacia ellos. A quince o veinte pasos de distancia, había otro hombre, vivo todavía, pero inconsciente, con la cabeza doblada sobre el pecho.

Ella era joven, de formas rotundas, pero esbelta, apenas vestida con un ceñidor de piel en torno a sus caderas. El pelo, negro, sedoso, caía a ambos lados de la cabeza y sobre el pecho, velando así unos senos que los hombres habían dejado impúdicamente al descubierto.

El hombre que estaba a dos pasos era mucho más viejo, de pelo y barba blancos y, como ella, estaba casi desnudo. Ninguno de los dos pronunciaba una sola palabra, pero ambos pensaban lo mismo.

¿Cuál de ellos sería el primero en sufrir el ataque de la horrible bestia?

Era un animal horripilante, con el cuerpo de casi dos metros de largo en su espantosa forma ovoidal y dieciséis patas de cuatro o cinco metros de longitud. Cuerpo y patas estaban cubiertos de un espeso vello de color rojizo oscuro. Dos afilados artejos se agitaban en la parte inferior de la cabeza del monstruo.

El otro hombre tenía el vientre espantosamente hinchado. Agonizaba, mientras algo latía bajo su piel. Tanto el anciano como la muchacha sabían lo que le había sucedido.

A ellos estaba a punto de pasarles lo mismo. El monstruo de las dieciséis patas mordería en su vientre, inyectándoles un veneno anestésico, que paralizaría sus músculos, aunque no les privaría de su sensibilidad mental. Luego colocaría en el cuerpo del atacado el huevo del que, en una semana, saldría una cría, que contaría así con su primera dosis de alimento... ¡vivo!

De pronto, el anciano pateó el suelo con los pies, a fin de atraer la atención de la bestia.

—¡Abuelo! —gritó la muchacha.

—Calla, Ilyana —dijo el anciano—. Tú tienes todavía alguna probabilidad de salvarte. Yo soy viejo ya y he vivido suficiente. Pero parece que no hay más monstruos en las inmediaciones y puede que ocurra algo que te permita continuar con vida.

Volvió a patear, a la vez que emitía gritos y silbidos, esperando que fuesen captados por el sistema auditivo del monstruo de dieciséis patas. Los dos enormes ojos glaucos que había en la cabeza del animal se volvieron hacia el autor del ruido.

—Ilyana, si te salvas un día, no dejes sin castigo...

Un horrible alarido brotó de la garganta del anciano. A los pocos

momentos cesó de moverse. El veneno anestésico de la bestia había hecho sus efectos.

Ilyana volvió la cabeza. No quería presenciar la espantosa operación que el instinto de la bestia le haría realizar acto seguido. Los artejos cortantes practicarían ahora una incisión en el vientre de la víctima y luego, el huevo sería depositado en...

De repente, un hombre apareció en aquel lugar.

Era un individuo joven, alto, tremendamente robusto, de pelo claro y ojos azules, quien, en el acto, captó de una ojeada la situación.

Pendiente de la cintura llevaba una enorme espada de doble filo. Tenía también una pistola, pero prefirió usar la espada.

Lo primero que hizo fue cortar las ligaduras de la chica, quien, desfallecida, cayó al suelo.

—Apártate, pronto —ordenó él.

Ilyana se arrastró sobre la hierba. Con ojos incrédulos, presenció la lucha del hombre y la bestia. Al fin, la espada hendió el cráneo del animal y el cuerpo cayó de golpe al suelo. Luego, muy lentamente, sus patas se fueron replegando, hasta formar un horrible ovillo a dos pasos del árbol.

—¡Mi abuelo! —gritó ella de repente—. ¡Mátalo! ¡No dejes que la cría del monstruo crezca en su cuerpo!

El recién llegado miró a la muchacha vivamente sorprendido. Luego volvió la vista y contempló la sangrienta incisión que había en el bajo vientre del anciano.

—Ha puesto un huevo, como pasó con el otro —dijo ella—. Dentro de una semana se desarrollará y se comerá vivo a mi abuelo.

El hombre alto y rubio asintió. «Sí, es una horrible suerte», pensó, mientras se acercaba al anciano. Pero, de pronto, vio que el pecho de la víctima había dejado de moverse.

—Ha muerto —dijo.

Súbitamente, se oyó un horripilante alarido.

—¡La cría! —gritó Ilyana—. ¡Está naciendo en el otro!

Los ojos de Roddy Stuart fueron hacia el individuo atado al árbol, cuyo cuerpo estaba sometido a horribles espasmos. De pronto, vio que su hinchado vientre se abría, dejando salir un torrente de sangre.

Dos diminutas patas asomaron al exterior.

—¡Mata a la cría, mátala! —dijo Ilyana.

La víctima no podía hablar. Abría la boca, presa de un sufrimiento insoportable, pero sus fuerzas se habían agotado con el único grito que había podido lanzar, venciendo con el instinto la potencia del anestésico. Stuart cerró los ojos un instante, pero, al fin, decidiéndose, avanzó el brazo derecho a fondo.

La cría y el hombre que debía servirle de alimento dejaron de moverse. Stuart se sintió enfermo, a punto de vomitar.

—Debemos marcharnos de aquí —dijo.

—Enterremos primero a esos dos pobres desgraciados —propuso ella.

Stuart asintió.

—¿No corremos el peligro de ser atacados por una de esas bestias? —preguntó.

—Se mueven muy lentamente —contestó la muchacha—. Pero, eso sí, en completo silencio.

—Está bien. Tú vigilarás, mientras yo cavo la tumba. Ah, por cierto, me llamo Roddy Stuart.

—¿Terrestre?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Es un apellido inconfundible. Yo me llamo Ilyana K-Zur.

—De Forgox-III.

—También conoces los apellidos forgoxianos.

—Sí. Vigila, Ilyana.

—Descuida, Roddy.

Mientras él trabajaba, Ilyana buscó algo, encontrándolo al cabo. Era un trozo de tela, con el que pudo cubrirse el pecho desnudo.

Horas más tarde, Ilyana contempló tristemente el montón de tierra que cubría los restos de su abuelo y de un hombre joven.

—Al otro no lo conocía —dijo—. Ya estaba aquí cuando llegamos. Pero mi abuelo atrajo la atención de la fiera, para que yo pudiera salvarme...

Las lágrimas fluían a raudales de los ojos de la joven. Stuart puso una mano en su brazo.

—Él lo quiso así. Ahora, desde el otro mundo, se sentirá satisfecho de saber que te has salvado —dijo.

Ilyana hizo un esfuerzo por dominarse.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Qué hacías en un planeta deshabitado de seres humanos, como es Lhikkim?

—Busco a un hombre —respondió él lacónicamente.

* * *

La nave era grande, apreció Ilyana, y aunque su interior era sencillo, casi espartano, no carecía de ninguna comodidad. Durante un buen rato estuvo en el baño, hasta que sintió que el agua había relajado considerablemente la tensión de su espíritu.

Entró en la cabina secadora y dejó que el aire caliente enjugara su cuerpo. Luego se peinó sobriamente y, finalmente, se vistió con las ropas que Stuart le había proporcionado.

Cuando salió, vio la negrura del espacio a través de las lucernas

—Hemos despegado —exclamó, sorprendida.

—Sí —sonrió Stuart—. Creí que sería lo más conveniente. Tendrás hambre, me imagino...

Ilyana suspiró.

—Debiera decir que no, pero, en efecto, estoy hambrienta. He permanecido atada al árbol casi veinticuatro horas —manifestó.

—Siéntate, en seguida te serviré de comer.

—Roddy, no sé qué decirte

El hombre sonrió otra vez.

—No digas nada —respondió—. Yo me alegro muchísimo de haber salvado tu vida. Tu abuelo, sin embargo, era ya muy viejo y su corazón no pudo resistir los efectos del veneno anestésico.

—El y yo éramos los últimos representantes de la dinastía T-Zur. Ahora quedo yo sola...

—Los T-Zur gobernaban Forgox-III, creo —dijo Stuart, sorprendido, mientras ponía un plato lleno delante de la muchacha.

—Sí, pero Caiwur-Szol arrebató el puesto a mi abuelo. Quería convertirse en mi esposo y yo me negué. Entonces fue cuando nos trajo a los dos a Lhikkim.

—Un angelito, el tal Caiwur —comentó Stuart. Acarreó pan, fruta, vino y café y se sentó frente a ella—. Os encontré por casualidad, todo sea dicho.

—Buscabas a un hombre y nos encontraste a nosotros.

—Así es. Mi detector de organismos humanos empezó a funcionar y tomé tierra en las inmediaciones del lugar en que os dejaron atados. El resto ya lo sabes, Ilyana.

Las mejillas de la muchacha empezaron a colorearse. Stuart advirtió que era joven, aunque no una chiquilla. Debía de andar por los veintitrés o veinticuatro años, calculó.

—¿Tienes mucho interés en encontrar a ese hombre, Roddy?

—Es el asesino de mi esposa.

Ilyana lanzó una exclamación de asombro.

—Lo siento —murmuró.

—Ocurrió hace cinco años. Murió mi mujer y el niño que no había nacido todavía.

—Roddy...

—No digas nada —sonrió él—. Come, te está sentando bien, me parece.

Ilyana forzó una sonrisa.

—Me gustaría ayudarte, pero no sé qué puedo hacer yo... Y menos ahora en que, como se suele decir, sólo tengo lo puesto.

—No te preocupes. A decir verdad, no tengo prisa. Un día u otro, Kervinor y yo nos encontraremos...

—¿Has dicho Kervinor? —exclamó ella súbitamente.

—Sí. Egon Kervinor es su nombre completo.

—Resulta curioso —murmuró Ilyana—. A menos que se trate de una increíble coincidencia, Egon Kervinor es el jefe de la guardia de

Caiwur y el hombre que, probablemente, le inspiró la idea de quitar el puesto a mi abuelo.

Por un momento, Stuart perdió su habitual impasibilidad. Casi saltó en su asiento.

—De modo que Kervinor está en Forgox-III —exclamó.

—Por lo menos, estaba en el momento en que a mi abuelo y a mí nos embarcaron en una astronave rumbo a Lhikkim.

Los dedos de Stuart tabalearon sobre la mesa unos momentos.

—Ilyana —dijo al cabo—, yo no tengo derecho a pedirte que corras más riesgos, sobre todo, sabiendo que Caiwur te haría matar si te apresara de nuevo. Pero puedes indicarme el lugar donde más te agrade para quedarte y te llevaré allí inmediatamente.

—¿No podría ayudarte yo? Conozco bien Forgox-III —dijo ella.

—Ilyana, prefiero que no intervengas en un asunto que no te concierne.

—Me has salvado la vida. Creo que es mi deber ayudarte...

Una lámpara centelleó de pronto en la cabina de mandos. Al mismo tiempo, se oyó el rápido tañido de una campana de alarma.

—¡Se nos acerca una nave extraña! —dijo Stuart.

CAPÍTULO II

Seguido de la muchacha, Stuart corrió hacia la cabina de mandos. La lectura de los instrumentos le dijo en seguida la posición de la astronave que parecía volar a su encuentro.

—¿Una nave de Caiwur? —dijo.

—¿Qué distancia hemos recorrido desde Lhikkim? —preguntó ella.

—Mi nave es muy veloz. Casi cuatro millones de kilómetros —respondió Stuart.

—Entonces, sí, es posible que se trate de alguna patrullera de Caiwur.

—¿Estamos en un sector prohibido?

—Según Caiwur, Lihkkim y todos los astros y satélites del subsistema, pertenecen a Forgox-III.

—En tal caso, no cabe duda. Vamos a ser atacados.

—Tienen torpedos con cabeza explosiva muy potente...

—Nosotros no estamos desarmados, Ilyana.

De repente, la imagen de una nave apareció en la pantalla telescópica. Casi en el acto, la pantalla receptora de mensajes empezó a transmitir uno:

> «Reduzcan velocidad. Deseamos hablar con usted, Roddy Stuart.»

El joven habló a través de un micrófono, sabiendo que en la receptora de mensajes de la otra nave sus palabras serían interpretadas en forma escrita.

—Identifíquese, por favor —pidió—. Y diga sus propósitos.

La respuesta llegó al cabo de escasos segundos:

> «Coronel Halka, comandante II Escuadra Sehun. Hablo en nombre de la directora Dorys, de Quur. Tengo un mensaje urgente para usted. Nuestras intenciones son pacíficas.»

—Está bien —contestó Stuart—. Equiparen órbitas en coordenadas 6-2 y 9-9, Cuarto Sector, velocidad 280. Dispondré todo para lanzamiento túnel intercomunicación personas. Acuse recibo.

«Mensaje recibido», leyó Ilyana.

Stuart se volvió hacia ella.

—No conozco al comandante Halka ni a la directora Dorys. ¿Qué sabes tú de ellos?

—Lo mismo que tú, aunque es cierto que he oído hablar de Sehun. Pero está a muchos años luz de Forgox-III.

—No comprendo cómo ese tipo ha podido localizarme —murmuró Stuart preocupadamente—. Pero, puesto que sus intenciones son pacíficas...

—Esperemos que no se trate de un ardid de Caiwur —dijo ella, aprensiva.

* * *

Ciertamente, era una nave de guerra la que se situó al costado de la que tripulaban Stuart e Ilyana. El túnel estanco de comunicación permitió que tres hombres, lujosamente ataviados con uniformes de fantasía, pasaran al interior de la astronave de Stuart.

—Soy el comandante Halka —se presentó uno de ellos—. Celebro conocerle en persona, señor Stuart.

—Gracias, comandante. Le presento a Ilyana K-Zur, de Forgox-III.

Halka saludó cortésmente a la muchacha. Luego se volvió hacia el joven.

—Señor Stuart, tengo orden personal de Su Gracia, la directora Dorys, de llevarle a Sehun. Su Gracia quiere hablar con usted urgentemente.

—Al menos, comandante, me hará usted el favor de decirme qué es lo que quiere de mí la directora —dijo Stuart.

—Lo siento. Sólo sé que es personal y que ha encargado a todos los comandantes de escuadra que le busquen por todas partes. Pero Su Gracia no ha indicado los motivos. Lo único que estoy autorizado para decirle, es que Su Gracia le pagará espléndidamente sus servicios. En Sehun hay esperándole un cheque, valedero en cualquier Banco galáctico, por importe de cincuenta millones de solares, moneda terrestre.

Stuart silbó.

—Indudablemente, Su Gracia es muy generosa —dijo—. Pero me temo que la directora va a tener que esperar un poco.

—Las órdenes recibidas incluyen llevarle a usted lo antes posible. De grado o por fuerza —manifestó Halka fríamente.

Stuart estudió un momento las armas que aquellos tres sujetos llevaban al cinto. Por supuesto, tenía medios defensivos a bordo, pero, ¿podría adelantarse a ellos?

Una voz resonó de pronto, a través del megáfono conectado con el túnel de comunicación:

—Comandante, se acerca una nave extraña.

—Vamos, Stuart —dijo Halka.

—No, me quedo.

—Comandante, la nave está tomando posición de ataque —gritó el informador.

Halka y los otros dieron media vuelta instantáneamente. Stuart agarró a Ilyana de un brazo y tiró de ella.

—Ven.

La chica le siguió sin vacilar. Unos segundos más tarde, estaban sentados en los sillones de los pilotos.

De repente, Ilyana lanzó un agudo grito:

—¡Torpedo!

Sus ojos contemplaron fascinada la línea roja que surcaba el espacio a una velocidad apenas inferior a la de la luz. En el mismo instante, Stuart hizo funcionar una pequeña palanca.

La nave saltó a un lado. El túnel estanco explotó al ser arrancado bruscamente. Ilyana oyó un fuerte estallido dentro de la nave.

—No temas —dijo él—. Los mamparos estancos han entrado en funcionamiento automático.

Ilyana apreció que la astronave se separaba rapidísimamente de la otra. De pronto, un enorme resplandor disipó las tinieblas del espacio.

—Halka y sus hombres son polvillo cósmico —anunció Stuart.

Ella estaba aterrada.

—Ahora no tocará él turno a nosotros... La nave atacante debe de ser una patrullera de Caiwur...

—No temas —dijo él—. Tengo a bordo una contraarma muy poderosa.

Transcurrieron unos instantes. De nuevo vio Ilyana una línea roja que cruzaba el firmamento con exorbitante velocidad.

Unos segundos más tarde, aquella línea se hizo curva. El torpedo describió un viraje de 180° y volvió sobre su trayectoria.

Ilyana contempló la escena fascinada. El torpedo explotó al alcanzar la nave de la que había partido.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó.

—Un pequeño invento mío —contestó él. Y, preocupado, añadió —: Quizá por esto me buscaba Dorys.

—¿Piensas acudir a su llamada?

Antes de contestar, Stuart «barrió» con el radar de larga distancia el espacio que había en tomo a ellos. Luego meneó la cabeza.

—Tengo que encontrar a Kervinor —contestó.

—¿Tanto le odias?

—Si no te importa, prefiero reservarme la respuesta, Ilyana.

—Dispénsame, no quise herirte...

Stuart se puso en pie.

—Nos hemos separado bruscamente de la nave de Halka —dijo—. Debe de haber alguna avería en el exterior del casco. Saldré a investigar.

—¿Puedo ayudarte? —sugirió ella.

—En todo caso, dejaré abierta la radio. Sigue mis instrucciones al pie de la letra, por favor.

Ilyana se sonrojó.

—No entiendo mucho del manejo de naves...

Stuart le dio una palmadita en el hombro.

—Tranquilízate, yo me ocuparé de todo —aseguró.

Minutos más tarde, Ilyana, a través de una de las amplias lucernas, veía a un hombre flotar en el espacio, vestido con el traje adecuado. Un delgado cable aseguraba a Stuart a la nave.

—¿Me oyes, Ilyana? —llamó él de pronto.

—Sí, perfectamente.

—Tranquila, no parece que sea nada grave...

De repente, una raya finísima, de color blanquecino, surcó la oscuridad espacial. Aterrada, Ilyana vio que el cable quedaba partido en dos.

Stuart empezó a derivar lejos de la nave.

—¡Ilyana! —llamó.

Pero, casi en el acto, ella oyó un seco chasquido y comprendió que la radio del traje espacial había quedado inutilizada. Un segundo más tarde, un fuerte choque sacudió la nave.

Ilyana perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Su cabeza chocó contra un saliente y se desmayó.

Impotente para volver a la nave, Stuart maldijo su imprudencia al salir sin propulsores individuales. Lo cierto era que se hubiera sentido muy embarazado con aquel artefacto a la espalda, y, por comodidad, pensando en que el cable de seguridad era suficiente, no había querido llevarse los propulsores en el equipo.

Pero ya era tarde para lamentaciones. De súbito, una enorme masa negra ocultó las estrellas ante sus ojos.

En aquella masa negra aparecieron muchas luces. Una gran compuerta se abrió en uno de los costados. Potentes chorros de luz se derramaron sobre el náufrago del espacio.

Un arpeo metálico salió disparado y su extremo imantado tiró del casco de Stuart. Momentos después, el joven entraba en una esclusa, cuya compuerta exterior se cerró de inmediato a sus espaldas.

* * *

Varios hombres, vestidos con trajes livianos e idénticos, aparecieron en la esclusa sin el casco de vacío. Stuart comprendió que ya se había restablecido la presión atmosférica y empezó a quitarse el casco.

Varias manos le ayudaron en la tarea. Cuando quedó libre, miró furioso a Halka.

—Tengo que volver inmediatamente a mi nave —exclamó.

Halka sonreía de un modo singular.

—Lo siento. Soy un hombre disciplinado —contestó—. Cumplo siempre las órdenes que recibo.

—¿Sin importarle las vidas humanas que ello pueda costar?

—Su Gracia me encomendó llevarle a Sehun. Usted irá a Sehun.

—Escuche, a bordo de mi nave hay una muchacha…

—Es una vida sin importancia. Sígame, señor Stuart.

El joven echó a andar. La nave, pudo apreciar perfectamente, estaba repleta de soldados que, sin duda, obedecerían ciegamente las órdenes de Halka.

—Engañó usted a los patrulleros de Caiwur —dijo.

Halka se echó a reír.

—Hacía rato que los habíamos localizado —contestó—. Simplemente, me previne contra un ataque inesperado, como así sucedió.

—Con una nave-trampa —adivinó Stuart.

—Justamente. —Halka se echó a reír en el momento en que cruzaba el umbral de la puerta de su cámara—. Es un truco muy viejo, pero efectivo, en ocasiones. Un gran balón hinchable, con cubierta metalizada, que atrae los mecanismos direccionales de las armas enemigas. Mientras, nosotros, nos habíamos situado, a prudente distancia, claro está, detrás de esa falsa nave, cuya superficie era lo suficientemente extensa para absorber las emisiones de radar del adversario.

—Siga, siga, es muy interesante —dijo Stuart con acento irónico.

—Nos disponíamos a contraatacar, pero usted se anticipó. Ellos dieron por sentado que nosotros habíamos sido destruidos y desviaron sus sistemas de detección hacia usted. —De pronto, Halka entregó a su huésped forzoso una copa de vino—. Fue una magnífica demostración del sistema de reversibilidad antiproyectil, patente Rosal-Stuart.

El joven miró fijamente a su interlocutor.

—¿Adónde quiere ir a parar, comandante? —preguntó.

—Hace algunas semanas, cuando inicié su búsqueda, recalé con mi nave en un astropuerto poco frecuentado. Allí me hablaron de usted y de su drama personal.

—No creo que eso le interese demasiado a Su Gracia, la directora Dorys —contestó Stuart, secamente.

—Por supuesto, lo sabe ya; le envié un informe radiado. Pero si usted acudiera a su llamada, ella, estoy seguro, volcaría en su favor todo su potencial financiero y bélico para que usted pueda encontrar al hombre a quien busca.

Stuart tomó un sorbo de vino.

—No aceptaría por nada del mundo —contestó.

—Las finanzas personales de Su Gracia son dignas de consideración —dijo Halka significativamente.

—Aceptar la propuesta de la directora sería tanto como poner en grave riesgo las vidas de otros seres humanos, que no tienen nada que ver con mis problemas personales. Repito que éste es un asunto que debemos dilucidar entre ese individuo y yo.

Halka suspiró.

—Como en los tiempos antiguos —dijo—. El hombre qué busca su venganza, por todos los mundos habitados, sin importarle el tiempo, ni los peligros, ni las temibles sutilezas de su adversario… Bien, pese a lo que usted pueda decir, créame, Su Gracia tendrá mucho placer en ayudarle.

Halka apuró su copa de vino y se dirigió hacia la puerta.

—Ya ve, incluso le dejo mi propia cámara —sonrió—. Stuart…

—Llámeme Roddy, por favor —pidió él—. Detesto los tratamientos.

—Muy bien, Roddy. Mi nombre es Ui —dijo Halka—. Le diré una cosa: es usted un hombre muy afortunado. Pienso que hace años sufrió una enorme tragedia personal, pero ya es hora de que empiece a superar su nada conveniente estado de ánimo. Quizá Su Gracia pudiera colaborar en ello con sus innegables encantos personales. Ella está terriblemente interesada en usted, ¿sabe?

—Oh, una noticia agradable —dijo Stuart con cara de palo.

—Ya ve, incluso le dejo mi propia cámara —sonrió Halka—. Y para que vea que no exagero con respecto a Su Gracia…

Alargó la mano, tiró de un cordoncillo y una cortina de pesada tela roja se descorrió, dejando al descubierto un retrato de tamaño natural de Su Gracia, la directora Dorys de Sehun.

CAPÍTULO III

Sentado en una cómoda butaca, Stuart dejaba escapar las nubes de humo de su cigarrillo, elaborado con el delicado tabaco sehuniano. Frente a él estaba el retrato de Dorys, vestida sugestivamente con un traje de muy escasa cantidad de tejido y con una dulce sonrisa en sus labios rojos. Una frondosa cabellera dorada y unos ojos intensamente verdes eran las más significadas características fisonómicas, junto con un cuerpo realmente bien conformado.

De pronto, llamaron a la puerta. Stuart dio permiso y un soldado entró, empujando un carrito de ruedas.

—Su comida, señor —dijo respetuosamente.

Stuart consultó la hora. Las once de la mañana, tiempo universal.

No tenía otro remedio que aguardar a la noche.

Y debía actuar precisamente aquella noche o Ilyana podría considerarse definitivamente perdida.

Comió con buen apetito. A bordo había un excelente cocinero. Luego se tendió en el lecho y durmió un rato.

A media larde, Halka vino a visitarle. Charlaron durante una hora. Halka era un ameno conversador, de trato agradable, pero Stuart había podido darse cuenta de que, tras aquella máscara de amabilidad, se escondía un carácter duro como el pedernal.

Halka estaba enterado de alguna de las peculiaridades de Forgox-III. Conocía la historia de Ermul K-Zur, el abuelo de Ilyana, y lo calificó de hombre retrógrado. A su juicio, el golpe de estado de Caiwur estaba más que justificado, aunque, en el fondo, declaró, la situación política de Forgox-III le tenía sin cuidado.

—Por tanto, no le importa que esa chica muera —dijo Stuart.

Halka se encogió de hombros.

—Aterrizará en cualquier planeta y sobrevivirá —respondió.

—No sabe pilotar una astronave, comandante.

—Tanto peor para ella.

Stuart contuvo las ganas que sentía de machacar la nariz del sujeto. Tenía su propio plan y no podía traicionarse.

Cenó ligeramente y simuló echarse a dormir. Si sus suposiciones resultaban ser ciertas, después de la cena, quedarían en pie solamente los turnos de vigilancia.

Dejó pasar dos horas. Cuando creyó que había llegado el momento, abrió la puerta y asomó la cabeza.

El corredor estaba desierto. A su izquierda se veía la pequeña escalera de caracol que conducía al puente superior, donde estaba la cabina de mandos.

A la izquierda se veía otra escalera, pero descendente. Stuart

conocía aquel tipo de naves; él mismo había intervenido en su perfeccionamiento, y los planos, tras las pruebas pertinentes, habían sido vendidos a numerosos países galácticos.

Descendió sin hacer ruido. Una puerta apareció ante sus ojos, con un rótulo significativo. Era el cuarto de control directo de los botes salvavidas, si bien, en caso necesario, podían ser disparados desde el puente.

Entró sin hacer ruido y se encontró en una estancia semicircular, con seis puertas en la pared curva. Cada puerta correspondía a un bote. A la derecha de la entrada estaba el panel de mando, con los instrumentos necesarios para el lanzamiento.

Lo primero que hizo fue arrancar de un tirón el cable que comunicaba el panel con la cabina de mandos. De este modo, el oficial de guardia no sabría que había escapado, hasta que fuese demasiado tarde.

Acto seguido, abrió una de las puertas. La esclusa automática le llevó a la cabina del bote más cercano, una navecilla que no correspondía ciertamente, por su tamaño y velocidad, al nombre con el que se la conocía habitualmente.

Revisó todos los instrumentos. Los botes estaban provistos de trajes de vacío para seis personas y raciones de agua y víveres suficientes. Volvió a salir y disparó cinco de los botes.

El oficial de guardia vio cinco estelas rojas y dio la alarma. Cuando Halka y los demás quisieron hacer algo, Stuart se lanzaba ya a toda velocidad en pos de su propia nave.

Halka se sintió desconcertado. Tenía en pantalla seis naves. Por tanto, ignoraba en cuál de ellas viajaba él fugitivo. Antes de que pudiera tomar una decisión, Stuart se había perdido ya en las profundidades del espacio.

* * *

El enorme pedrusco apareció casi de repente ante los aterrados ojos de Ilyana. Era una roca colosal, de contornos irregulares, que avanzaba con aparente lentitud, volteando sobre sí misma. Durante unos interminables segundos, Ilyana creyó que el pedrusco iba a colisionar con la nave, pero, en el último instante, lo vio pasar a cortísima distancia, tan cerca, que incluso percibió el «tirón» de la gravedad.

La astronave se agitó levemente. Durante un momento, el cielo quedó oculto a los ojos de la muchacha por aquella roca colosal, que se cruzaba oblicuamente en su órbita. Ilyana calculó a ojo sus dimensiones: al menos doce o catorce kilómetros de diámetro en el punto más grueso, por los siete u ocho que debía de medir el eje menor.

El pedrusco salió de su campo visual. Ilyana se dio cuenta de que

había evitado el choque por menos de doscientos metros. Pero casi en el acto, otra roca apareció ante sus ojos, moviéndose con aterradora velocidad.

El segundo asteroide era mucho mayor que el primero: incluso un par de diminutos satélites, que orbitaban velozmente a su alrededor. La nave en que viajaba Ilyana, pasó entre el asteroide y uno de sus satélites.

Más pedruscos aparecieron ante sus ojos. Hacía horas que Ilyana estaba sola; incluso había perdido la noción del tiempo. No obstante haber tratado de conciliar el sueño y permanecer unas cuantas horas tendida en su litera, la tensión nerviosa la hacía mantenerse en pie.

Se preguntaba cuándo sobrevendría el choque final que pondría fin a su existencia.

Al menos, se dijo, sería una muerte piadosa por su rapidez. Un choque brutal y todo habría terminado.

De repente, otro asteroide apareció allá a lo lejos, brillando con luz plateada en la eterna negrura del espacio. Ilyana pudo apreciar su forma perfectamente esférica.

El asteroide aumentó de tamaño con relativa lentitud. Entonces, Ilyana se dio cuenta de que se trataba de un planeta.

Pero, al mismo tiempo, advirtió que la nave volaba directamente hacia aquel mundo que le resultaba completamente desconocido. Podía ser habitable, porque apreció capas de nubes y una fina línea gaseosa en los bordes de la imagen, lo cual indicaba la existencia de una atmósfera.

Pero ¿qué le importaba la supuesta habitabilidad de aquel planeta, si se estrellaría contra su superficie?

Resignada, se dejó arrastrar por el destino hacia la muerte.

De súbito, se oyó una voz en el interior de la cabina:

—¡Ilyana!

—¡Roddy! —gritó ella sin poder contenerse—. ¿Dónde estás?

—No puedes verme, pero estoy cerca de ti. Escucha, vas a hacer todo lo que te diga yo; así podrás salvarte, ¿comprendes?

—Sí, sí, te oigo... Roddy, esto me parece un milagro...

Stuart rio suavemente.

—Casi —dijo—. Está bien, siéntate en el sillón de la derecha. En el brazo izquierdo verás un botón de color verde.

—Sí, lo veo, Roddy.

—Siéntate y apriétalo a fondo.

Ilyana obedeció. Casi en el mismo instante, se sintió envuelta en un traje acolchado, que se amoldaba exactamente a su anatomía. Sólo sus brazos y el rostro quedaban al descubierto.

Stuart continuó hablando:

—El acceso a la nave está averiado y no puedo repararlo en el

espacio. Por tanto, he de guiarte para que hagas un buen aterrizaje, aunque es posible un impacto bastante fuerte. ¿Lo has entendido?

—Sí, Roddy.

—Bien, busca la palanca señalada con el número cuatro. Hazla retroceder lentamente hasta el tope. Notarás que la nave pierde velocidad casi en seguida… A continuación, haz lo mismo con las palancas cinco y seis…

—Ya está —informó ella minutos después.

—Presiona la tecla doce. Cuando entres en la atmósfera de ese planeta, brillarán unas cuantas lámparas, desde el color rojo al blanco, en tonos regularmente decrecientes. Eso significa que la atmósfera es respirable, ¿comprendes? Si entre la roja y la blanca hubiese otra de color tan vivo como la primera, indicaría una atmósfera peligrosa. Por tanto, no salgas de la nave sin que yo te lo indique.

—Entendido, Roddy. Pero ¿cómo has conseguido escapar. .. ?

—No tenemos tiempo para explicaciones. Ahora, la tecla número dos.

—Ya está, Roddy.

—La velocidad de tu nave se ha hecho ahora supersónica, pero todavía excesiva para el aterrizaje. Ahí, en el cuadro de mandos, verás una palanca con la empuñadura en forma de bola, amarilla.

—Sí, la veo.

—Al lado hay un botón de color amarillo. Apriétalo.

—Ya está.

—Bien, Ilyana, ahora, la nave tomará tierra por sí sola. Pero un indicador audiovisual te irá señalando la distancia al suelo. Cuando oigas la cifra mil, referida a metros, por supuesto, tira hacia atrás de la palanca con la bola amarilla. Eso es todo.

—Roddy, no sé cómo darte las gracias…

—Atenta a la maniobra; estamos a punto de entrar en la atmósfera de Summor-10.

—¿Se llama así ese planeta?

—Sí.

Ilyana tendió la mirada a través de las lucernas de la proa de la nave. De pronto, vio que se encendían las lámparas señaladas por Stuart.

Estudió su color. Las lámparas eran once y los tonos eran gradualmente decrecientes del rojo al blanco, sin la menor irregularidad.

—Roddy —llamó—, la atmósfera es respirable.

—Eso nos concede cierta tranquilidad., aunque, por otra parte, no sé cuáles son las peculiaridades de Summor-10.

—¿No has estado nunca ahí?

—No.

El silbido del aire al resbalar contra los costados de la nave era claramente perceptible. Ilyana tenía la vista fija en la pequeña pantalla que señalaba las cifras de la altitud, a la vez que escuchaba las mismas cifras pronunciadas por, una voz mecánica. De pronto, al llegar al número 1.000, tiró de la palanca de mango amarillo hacia sí.

La velocidad de la nave se redujo considerablemente, pero no se refrenó lo que ella esperaba.

—¡Roddy! ¡Vuelo demasiado aprisa! —gritó.

Stuart maldijo entre dientes. El golpe que Halka había propinado con su nave a la suya, había debido de averiar algunos circuitos. En aquellos instantes, la velocidad de la astronave en que viajaba Ilyana era superior a los mil kilómetros por hora, apenas subsónica.

El descenso, sin embargo, se hacía con una trayectoria muy cercana a la horizontal. De repente, cuando los instrumentos señalaban unos cuatrocientos metros de altura, Ilyana vio alzarse ante sus ojos una enorme montaña de color gris.

La nave volaba directamente hacia aquella montaña. Stuart lo vio también, a sólo unos centenares de metros de distancia, y se imaginó mentalmente la colisión que iba a tener lugar unos segundos más tarde.

Lanzada como un proyectil, la nave se abalanzó contra la montaña.

En el último instante, Ilyana cerró los ojos. Con el corazón latiendo a ritmo alocado, esperó el choque fatal que habría de poner fin a su existencia.

De pronto, oyó un ruido extraño: un «chof» muy raro. La oscuridad se hizo instantáneamente a su alrededor.

Algo frenó la marcha de la nave. Ilyana comprendió que, de no haber sido por el traje protector, habría muerto instantáneamente a causa del frenazo.

La nave, sin embargo, seguía moviéndose, a pesar de la deceleración. Ilyana sintió vértigos, mareos, náuseas... su cuerpo estaba terriblemente oprimido por el traje protector. De repente, vio algo de luz.

La velocidad de la nave se había frenado ahora casi totalmente. De repente, Ilyana sintió que el aparato se movía en un ángulo de descenso sumamente pronunciado, como si resbalase por una pendiente bastante aguda. Luego, de súbito, el aparato chocó contra algo duro y se detuvo con una terrible sacudida.

Ilyana abrió los ojos. Las lucernas estaban manchadas de una sustancia rojiza, bastante espesa, pero que no impedía por completo el paso de la luz. De pronto, oyó un ruido extraño.

Era el sonido más raro que habría soñado siquiera en escuchar: el ruido de una catarata que caía sobre la nave.

Ilyana tardó algunos segundos en darse cuenta de que el líquido de la catarata era sangre.

CAPÍTULO IV

Stuart también cerró los ojos cuando vio que se iba a producir el impacto. Aquella montaña medía al menos unos setecientos metros de altura sobre el nivel del terreno colindante y su longitud máxima rebasaba holgadamente los tres kilómetros.

Al abrir los ojos, le extrañó no ver la nube de humo que debía haberse producido después del choque. Tendría que ver llamas, restos metálicos esparcidos en la ladera... pero, en lugar de ello, con enorme asombro, vio un terrible boquete, por el que salía una cascada de espeso líquido roja,

Stuart se quedó pasmado de asombro. Así pues, la montaña era... un ser viviente, un animal gigantesco, de una especie que le resultaba completamente desconocida.

Un intenso horror se apoderó de su ánimo. Ahora, Ilyana, con la nave, que había, actuado como un colosal proyectil, se hallaba en el interior de aquella bestia de dimensiones apocalípticas. Suponía que habría sobrevivido al choque, pero, ¿cómo buscarla en el interior de aquella masa de carne de millones de metros cúbicos de volumen y cientos de miles de toneladas de peso?

El animal, sin embargo, parecía inmóvil, como no afectado por el impacto de un proyectil que no medía menos de veinte metros de diámetro, en el punto de sección más amplia. De súbito, Stuart oyó una voz angustiada;

—¡Roddy! ¿Dónde estás?

Al menos, funcionaba la radio, se dijo, aliviado en parte. Ilyana continuó:

—No era una montaña, sino un animal gigantesco. Creo que lo he atravesado de parte a parte, Roddy.

Stuart estuvo a punto de gritar de alegría. Maniobró con el aparato, remontó la montaña e inició el descenso por el otro lado.

El agujero de salida estaba a unos cien metros más abajo que el de entrada y, como el primero, dejaba escapar un gigantesco torrente de líquido rojo. Envuelta en aquel líquido, se veía su propia astronave, medio volcada sobre el suelo lleno de sangre de la bestia.

—Ilyana, ¿cómo estás? —preguntó.

—Bien, algo aturdida... ¿No puedes sacarme de aquí? —solicitó ella ansiosamente.

—Espera. La nave es estanca. Si abriese la compuerta de emergencia, podría inundarse con la sangre de la bestia. Tarde o temprano, cesará la hemorragia.

Stuart evolucionó en torno al animal y pudo apreciar que tenía unos contornos semejantes a los de una bestia prehistórica de la

Tierra. Pero dada su colosal envergadura, necesitaba nada menos que de veintitantos pares de patas, gruesas como tronco de secoya terrestre, para poder sostenerse durante sus desplazamientos.

Las patas aparecían ahora replegadas, casi ocultas por el gigantesco corpachón. Stuart divisó una cabeza de dimensiones increíbles, en la que dos ojos, tan grandes como su nave, aparecían abiertos, vidriados, reflejando inertes la luz de la estrella que alumbraba aquel planeta.

Al cabo de unos momentos llegó a las inmediaciones de su nave, la cual parecía casi sumergida en el que parecía inagotable torrente de sangre. Tras unos segundos de reflexión, decidió emplear un método eficaz para sacar a la muchacha de su apuro.

Disparó el cable de remolque. Podía servir para una nave en el espacio, pero la inercia que debía vencer en aquellas condiciones era muy superior y no se atrevía a pedir a la muchacha que pusiera en marcha unos motores averiados y tal vez en estado crítico, lo que podía provocar una explosión de incalculables consecuencias.

Lenta y gradualmente, consiguió hacer que su nave se deslizase unos doscientos metros sobre el suelo, cubierto de una hierba suave y muy espesa. Al fin, consiguió situarla en un lugar seco.

—Ilyana, voy a sacarte de ahí —anunció, a través de la radio.

* * *

La muchacha salió a terreno descubierto y miró maravillada a su alrededor.

—Me parece un sueño —sonrió.

—En ese caso, despierta. La realidad no es muy agradable.

Ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede, Roddy?

—Temo que mi astronave haya quedado irremisiblemente averiada. En el mejor de los casos, la reparación será larga y nada fácil.

—Lo siento por ti —dijo Ilyana—. En cuanto a mí, no tengo prisa por volver a mi planeta natal. A decir verdad, he perdido ya las ilusiones. El puesto de mi abuelo nunca me agradó demasiado.

—Eso es tomarse las cosas con filosofía —sonrió Stuart—. Ilyana, hemos tenido suerte. El cuerpo de la bestia fue el mejor freno que podíamos haber soñado.

—¿Está muerta? —preguntó, mientras contemplaba al gigantesco animal.

—Seguramente, la nave, al pasar por su cuerpo como un proyectil, interesó algún órgano vital. Pero hemos de estar prevenidos para el caso de que aparezca algún otro animal de sus características.

—Nos comerían de un bocado —se estremeció ella.

—Sospecho que deben de ser vegetarianos, pero no debemos

excluir la posibilidad de un contratiempo. Aparte de ello, es muy probable que el comandante Halka empiece a buscarnos.

—Tiene muchos soldados...

—Sí, lo sé, aunque, en medio de todo, contamos con la ventaja de que me quieren vivo. ¿Necesitas comer o descansar?

Ilyana suspiró.

—No tengo apetito, aunque sí mucho sueño. En las últimas veinticuatro horas, los nervios no me dejaron pegar ojo —contestó.

Stuart sonrió.

—El bote salvavidas dispone de buenos camarotes —dijo—. Acuéstate sin temor. Si sucediera algo, ya te avisaría.

Ilyana se metió en el bote. Cuando despertó, muchas horas más tarde, vio que estaba anocheciendo.

Había una gran hoguera encendida, Percibió olor a carne asada y vio a Stuart ocupándose de un animal que había cazado.

—Hola —dijo.

—Ven —llamó él—. Tenemos comida.

—¿Has cazado?

—Sí. Tanto en mi nave como en el bote hay provisiones en abundancia, pero cuando uno es náufrago, conviene vivir de los recursos naturales.

Ilyana cogió algo que parecía el muslo de un enorme pavo. La carne asada tenía un gusto exquisito. Por unos momentos, olvidó todas sus preocupaciones, para ocuparse de saciar el hambre que tenía.

Cuando terminaron de cenar, era noche cerrada. En el cielo lucía un cinturón de lunas que brillaban como diamantes.

—Roddy, todavía no me has hablado de tu nave —dijo ella.

—Salvo algunos mecanismos auxiliares, es sólo un montón de metal completamente inservible —contestó él.

Ilyana sintió que se quedaba sin respiración.

—El bote.

—Es apto solamente para travesías interplanetarias. Pero, además, para alcanzarte, tuve que conseguir una gran velocidad. Los tanques de combustible están medio vacíos.

—¿Significa eso que estamos perdidos en Summor-10?

—Los generadores de mi nave son demasiado grandes para el bote. Por otra parte, no puedo trasvasar el combustible sin máquinas especiales, con cabina aislante contra radiaciones. Summor-10 está en una zona del espacio que no conozco y las cartas estelares no señalan su posición sino de una manera muy imperfecta. Aun así, he conseguido deducir que Forgox-III está a unos cuatrocientos veinte millones de kilómetros y es el planeta habitado más próximo. En cuanto a Sehun, lo tenemos a unos nueve años luz. Dorys podría ayudamos, aunque no fuese más que por egoísmo, pero, lógicamente,

ignora nuestra situación,

—Se me ocurre una idea, Roddy —dijo ella de pronto.

—Bien, habla.

—El bote salvavidas puede despegar. Al menos, tienes combustible suficiente para esa maniobra.

—Sí, es cierto.

—Entonces, una vez en el espacio, traza el rumbo y conecta el piloto automático. Así podríamos llegar a Forgox-III...

—Hay otros astros en el camino, todos ellos deshabitados, pero cuya masa podría influir en la órbita del bote —explicó Stuart—. Claro está, el piloto automático haría por sí solo las necesarias correcciones de rumbo, pero eso no se hace sin un consumo de combustible, en ocasiones muy notable.

—Lo cual significa que podríamos quedarnos perdidos en el espacio.

—Así es, Ilyana. Lo siento de veras.

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Me preocupas tú, Roddy —dijo—. No podrás encontrar a Kervinor...

—Ese es un asunto cuyo aplazamiento no tiene importancia alguna —contestó él.

La mirada de Stuart se concentró en las llamas de la hoguera. Ilyana sentía una viva curiosidad por conocer la tragedia que había destrozado la vida del hombre que estaba a su lado, pero, discreta, se dijo que no tenía derecho a violar su intimidad.

—Roddy —dijo, pasados algunos minutos—, yo he descansado bastante. Puedo velar mientras duermes.

—Gracias —contestó él—. Mañana, con más tiempo, empezaremos a planear nuestra estancia en Summor-10.

—¿Sabes si tiene habitantes humanos?

—La guía estelar de mi nave es uno de los pocos aparatos auxiliares que aún funcionan. Salvo los detalles de la posición de este planeta en el espacio, no dice nada más. Tengo armas —añadió Stuart —; te dejaré una pistola térmica para que te defiendas, en caso de peligro.

La noche, sin embargo, transcurrió en completa normalidad. Al día siguiente, por la mañana, un leve olor empezó a invadir la atmósfera.

—Tendremos que mudar el campamento —dijo él, después del desayuno.

—¿Sucede algo?

Stuart señaló hacia la enorme montaña de carne inerte que aparecía a doscientos metros de distancia.

—Está corrompiéndose —dijo.

Ella hizo un gesto de asco. De súbito, sonó un fuerte chirrido en las inmediaciones.

Stuart se puso en pie de un salto. El chirrido se repitió.

Un extraño animal apareció bruscamente delante de ellos. Parecía un escarabajo gigante, tan grande como un perro lobo, con seis recias patas y disponía de dos enormes pares de mandíbulas, situadas a ambos lados de la cabeza, que se movían con singular rapidez.

Las mandíbulas se frotaban entre sí y producían aquel horrible sonido. El gigantesco insecto parecía dispuesto a atacarles, por lo que Stuart lo carbonizó con un certero disparo.

Pero casi en el acto surgió otro insecto semejante. Más chirridos se dejaron oír en la selva que había en las inmediaciones.

—Aprisa, Ilyana —dijo él—. Vamos al bote.

Echaron a correr. Stuart se volvió un par de veces. Sintió un espantoso pánico al ver las oleadas de escarabajos gigantes que afluían a aquel lugar en espesas manadas. Apenas si tuvieron tiempo de alcanzar el bote y cerrar antes de que un grupo de aquellos feroces insectos les diese alcance.

El aparato se elevó raudamente. A unos cientos de metros de distancia, Stuart y la chica contemplaron una increíble escena.

Miles, cientos de miles de insectos, acaso millones, se arrojaban en espesísimas filas sobre el gigantesco cuerpo de la bestia muerta, cubriéndola en pocos minutos totalmente. Y a cada minuto que pasaba, más y más escarabajos acudían a aquel lugar.

—Son bestias necrófagas —dijo él, que había comprendido al fin lo que sucedía.

El animal muerto quedó totalmente sumergido por una gigantesca oleada de cuerpos muchos más diminutos, que se movían ferozmente. Un cuarto de hora más tarde, empezaron a ver blanquear los primeros huesos del cadáver de la bestia

Sesenta minutos más tarde sólo quedaba en aquel lugar un esqueleto de tres kilómetros de largo.

—Fuiste muy afortunada, Ilyana —dijo Stuart, cuando vio que las manadas de insectos emprendían la retirada.

—¿Por qué dices eso?

—La nave traspasó el cuerpo del animal sin chocar contra ningún hueso. Lo habría roto, sin duda, pero el frenazo hubiera sido muchísimo más violento.

—Sí, he tenido suerte —convino Ilyana—. Roddy, ¿qué haremos ahora?

—No tenemos otro remedio que buscar un lugar mejor para nuestro campamento —respondió Stuart—. En cuanto a mi nave, está cerrada y no corre peligro lo que hay en su interior. Conociendo su posición, podemos volver en el momento que sea necesario.

Ilyana asintió. Stuart hizo virar el aparato y voló a unos dos mil metros de altura y a velocidad reducida durante varias horas, hasta que, de pronto, divisó un lugar que le pareció muy apropiado para establecer allí el campamento.

Era una especie de pequeño valle, de suelo casi llano, circundado por altos muros de roca, trazado casi vertical, de uno de los cuales brotaba un gran chorro de agua, pura y cristalina, según parecía a primera vista. El arroyo que así se formaba corría a lo largo del valle, desembocando por una estrecha grieta abierta en el muro, de donde saltaba en espectacular cascada a lo largo de casi un cuarto de kilómetro.

Había abundancia de árboles y hierba y también algunos animales de dimensiones semejantes a las cabras terrestres. Los paredones de roca parecían protección suficiente contra las bestias gigantescas. Ilyana se sintió encantada al contemplar el panorama desde el aire.

—¿Aquí, Roddy? —sugirió.

—Aquí, sí —confirmó él.

CAPÍTULO V

Era una vida casi idílica. Stuart hizo varios viajes al lugar donde había quedado su astronave, para traer, aparté de las provisiones, armas y elementos que podían resultarles útiles, Ilyana se mostró activa y competente. El sol puso tonos dorados en su piel y el ejercicio la hizo aún más ágil y fuerte.

El valle medía apenas dos kilómetros de largo por uno de ancho. A fin de no malgastar la madera, Stuart decidió que se alojarían en la misma nave, en lugar de construir una cabaña. Ahorrarían combustible sin emplear apenas las luces de la nave. Los animales que había en el valle, especie de cabras muy ágiles, que a veces trepaban por las laderas rocosas, para marchar a otros lugares, podían servirles para renovar sus provisiones de carne fresca.

Una vez instalado el campamento, Stuart decidió iniciar un trabajo, que le ocupó casi dos semanas. Al fin, construyó una pequeña represa, con un salto de agua de escasa altura, a la cual acopló una turbina auxiliar, con la que dispusieron de un suplemento de energía. Un mes después de la llegada, la instalación del campamento era una cosa hecha.

A pesar de todo, Stuart no dejaba de hacer viajes a su nave. Cierto día, Ilyana le sorprendió montando un poste metálico de notable altura, rematado por una antena de forma extraña.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Por ahora, dispongo de un pequeño sobrante de energía eléctrica. Esa antena emitirá regularmente una señal de llamada. Alguien la captará y un día vendrán a buscamos.

—Pueden ser los hombres de Dorys...

—Quizá, Pero la llamada será hecha en clave y tengo un amigo que captará su significado apenas se entere de ello.

—¿Una llamada en clave...?

—Sí, En Ofix-8, hay una estación central receptora y transmisora de toda clase de mensajes. Cualquier astronauta que capta una llamada y no conoce su significado, la envía por radio subespacial a Ofix-8. Allí hay, digamos, una especie de tablón de anuncios, donde los astronautas pueden examinar todas las llamadas que se hacen en el espacio. El que encuentra una que le afecta directamente, conoce su significado y la atiende de inmediato.

—Y tu amigo…

—La potencia de esta antena llega a varios cientos de millones de kilómetros de distancia. Puesto que la llamada está hecha en clave, alguien la recogerá y transmitirá luego a Ofix-8. Es cuestión de paciencia y ninguno de los dos, me parece, tenemos prisa.

Ilyana sonrió.

—Yo, ninguna —contestó.

Los días transcurrieron lentamente, sin novedades apreciables. El clima era excelente y producía una agradable inclinación a la indolencia. En medio de todo, Stuart empezaba a sentir agradecimiento a Halka.

Habían transcurrido ya dos meses. Aquella mañana, Stuart decidió ver de asomarse a la catarata, para examinar el paisaje circundante. De pronto, al pasar por las inmediaciones de un remanso, vio una negra cabellera que se movía en las aguas tranquilas.

Ilyana salió del arroyo momentos después. Stuart se alejaba hacia el final del valle.

—¡Roddy! —llamó.

Stuart se volvió. Ilyana corrió hacia él.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Quiero ver si es posible asomarse fuera de la catarata —contestó el joven.

—Iré contigo si no te importa.

Stuart miró a la joven de un modo singular. Los cabellos, todavía húmedos, se pegaban a la espalda desnuda de la muchacha. Ella captó en el acto el significado de aquella mirada.

—Roddy, ¿qué hay entre tú y yo? —preguntó directamente.

Las manos de Stuart se apoyaron en los suaves hombros femeninos.

—Estamos solos —dijo—. Somos un hombre y una mujer, pero no debiéramos confundir ciertos sentimientos naturales en estas circunstancias con el verdadero amor.

—¿Todavía la recuerdas? —inquirió Ilyana.

La mirada de Stuart se hizo vaga.

—Hace más de cinco años, pero, a veces, me parece que ocurrió hace un siglo...

De pronto, el cuerpo de Ilyana, joven, estallante de vida, se pegó al de Stuart.

—¿Y si te dijera que estoy enamorada de ti? —exclamó con voz ardiente.

Stuart trató de penetrar en la mirada de la muchacha. Durante unos segundos sólo hubo silencio entre ambos.

Luego, muy lentamente, las dos bocas se buscaron. Pero antes de que llegaran a entrar en contacto, algo cayó sobre ellos desde las alturas.

Era una gran red, de finísimos hilos metálicos, muy resistentes, que los envolvió con sus pliegues irresistiblemente. Antes de que pudieran librarse de las mallas, Stuart e Ilyana se sintieron izados a lo alto.

* * *

La red, con los dos cuerpos pataleantes en su interior, llegó a las entrañas de una nave suspendida en el espacio. Una compuerta ventral se cerró y, durante unos momentos, ambos se sintieron sumergidos en una oscuridad total.

Ilyana lanzó un grito de angustia.

—¡Roddy! ¿Qué nos ha pasado? ¿Dónde estamos?

Stuart no contestó de momento. Todo su interés estaba centrado en librarse de aquella red, que dificultaba sus movimientos casi por completo. Lo mismo que Ilyana, ignoraba el lugar en que se hallaban y sólo sabía que habían sido capturados como presas de caza.

De pronto, un vivo resplandor les obligó a cerrar los ojos. Alguien lanzó una atronadora carcajada.

—Vaya, eso está bien —dijo el hombre—. Dos buenas piezas... Sobre todo, él. Será un buen luchador en los próximos juegos.

Varios hombres más entraron en aquel departamento y quitaron la red. Stuart pudo ponerse en pie, al mismo tiempo que la muchacha.

—¿Quiénes sois? ¿Por qué nos habéis capturado? —preguntó.

Delante de él había un hombre enorme, ventrudo, con una gran barba rojiza, adornada con tintineantes anillos de oro. Vestía una especie de túnica de color rojo vivo, ceñida por un anchísimo cinturón de tejido metalizado en oro. A la izquierda llevaba una espada corta de ancha hoja y, en la mano derecha, empuñaba una especie de fusta, delgada y flexible, de metro y medio de largo.

—Soy Syrmols, vendedor de luchadores —se presentó.

—¿Luchadores? —repitió Stuart, atónito.

—Sí. En Khandor-VI se pagan bien los tipos como vosotros. Al menos conseguiré veinte mil solares por los dos.

—Pero...

Syrmols no permitió que Stuart continuase haciendo objeciones.

—En Khandor-VI hay juegos cada tres meses. Yo soy proveedor de luchadores. Maphynos, el Intendente, los paga bien. A la gente le gustan mucho las peleas en el circo, ¿comprendes?

—¿Peleas a muerte?

—Hombres con hombres, hombres contra fieras, hombres contra mujeres, mujeres contra hombres o contra las fieras... Eso depende del programa que redacta el propio Maphynos. Yo me limito a llevar los luchadores y a cobrar mi comisión. —Miró a la pareja nuevamente de pies a cabeza—. Sí, lo dicho; vuestro valor es de veinte mil solares.

—¡Pero yo no sé pelear! —gritó Ilyana angustiadamente.

Syrmols lanzó una estentórea carcajada.

—Mejor; así acabarás pronto. Tus padecimientos serán muy cortos, te lo aseguro —contestó despiadadamente—. Vamos, fuera de aquí.

Varios sujetos, de aspecto tan brutal como Syrmols, empujaron a la pareja sin la menor compasión. Momentos después, Stuart y la muchacha penetraban en una vasta estancia, donde había una docena de hombres y mujeres, todos ellos jóvenes y fuertes.

La puerta se cerró con gran estruendo. Uno de los cautivos se acercó a Stuart.

—Prisionero de Syrmols, ¿eh?

Stuart asintió.

—Acabamos de ser capturados —contestó—. Ella es Ilyana —dijo, señalando a la muchacha.

—Yo soy Rohos, de Thamax. Mi esposa Vdinia está aquí también. Nos capturaron a los dos hace una semana.

Rohos tenía unos cuarenta años y era fuerte y robusto. Su esposa, algo más joven que él, era también de fuerte complexión y bastante atractiva.

—Hemos tenido mala suerte —se lamentó Vdinia— Ninguno de nosotros volveremos a ver nuestros planetas nativos.

—Alguno de los luchadores, si sobrevive, consigue la libertad —dijo uno de los prisioneros.

—Tonterías —exclamó Rohos—. Conozco bien Khandor-VI. Tarde o temprano, los luchadores, cualquiera que sea su sexo, acaban muriendo en la arena. Nadie escapa a ese destino, os lo aseguro.

—¿Cuándo son los próximos juegos? —preguntó Stuart.

—Dentro de tres semanas. Todavía tardaremos una en llegar a Khandor. Las dos semanas siguientes estarán destinadas a darnos cierto entrenamiento, pero lo cierto es que todos nosotros lucharemos con adversarios curtidos y muy hábiles. No tenemos salvación —declaró Rohos amargamente.

Stuart examinó la cámara en que se hallaba, con el resto de los prisioneros. Era relativamente espaciosa, con una doble fila de literas, pero no había separación entre hombres y mujeres.

—Así que somos una especie de diversión para los khandorianos —dijo.

—Exactamente —corroboró Vdinia—. ¿Es tu mujer? —preguntó, señalando a la muchacha.

—No —contestó la propia Ilyana.

Vdinia arqueó las cejas, un tanto sorprendida, aunque no hizo el menor comentario. Mientras, Stuart recorría especulativamente la cámara.

Rohos observaba sus movimientos con infinita atención.

—¿En qué estás pensando? —preguntó, después de que el joven hubo salido del único lavabo, no demasiado grande y común para todos los prisioneros.

—En escapar de aquí, naturalmente.

Rohos se echó a reír.

—¿Crees que nosotros no lo hemos pensado? Pero es un sueño imposible —exclamó.

—¿A qué te dedicabas antes de ser capturado, Rohos?

—Era cazador. Mi esposa curtía las pieles. Teníamos una buena clientela, te lo aseguro —respondió el individuo, orgullosamente.

—Ya —murmuró Stuart.

No había ninguna lucerna exterior en el encierro, de modo que sólo podían contemplar los mamparos que los delimitaban. Pero Stuart, aunque no dijo nada por el momento, conocía el tipo de nave.

—Escaparemos, Rohos, tenlo por seguro —dijo, momentos más tarde.

El cazador le miró con gesto inquisitivo. Stuart, sin embargo, no quiso dar más detalles de su plan.

Dos horas más tarde, se abrió la puerta de 1a cámara.

—¡Comida! —anunció un sujeto desde el umbralo

Detrás de él había dos hombres armados con fusiles radiantes de repetición. Ninguno de los prisioneros se atrevió a realizar el menor gesto hostil.

—Al menos, nos dan de comer abundantemente —dijo Stuart, complacido, al observar el caldero repleto de guiso.

—A Syrmols no le conviene llevar unos prisioneros debilitados por el hambre —explicó Rohos—. Maphynos se negaría a pagarle las primas convenidas.

Con el caldero, habían llegado platos y cucharas. Stuart llenó el plato de la muchacha y, con el suyo en la mano, se retiraron ambos a comer en un extremo de la cámara.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó ella en voz baja.

—El lavabo.

—¿Cómo?

—Espera a que hayamos terminado de comer, por favor.

Ilyana hizo un breve gesto de asentimiento. Después de vaciar el plato, Stuart contempló la cuchara que había utilizado.

Rohos se le acercó de pronto.

—Escucha, si tu plan es bueno, nosotros estamos dispuestos a secundarte —manifestó.

—No puede haber errores —dijo Stuart.

—¿Qué es lo que debemos hacer?

—Voy al lavabo. Vigila mientras tanto. Los demás, que actúen con normalidad.

—De acuerdo.

CAPÍTULO VI

El mango de la cuchara le sirvió de destornillador. Un cuarto de hora más tarde, Stuart había levantado en el suelo un cuadrado de casi un metro de lado.

Atónita, Ilyana divisó un hueco situado bajo el pavimento. De pronto, llegó un hombre corriendo.

—Vienen a buscar los cubiertos —dijo.

Stuart le entregó la cuchara. Oyó voces en la cámara, pero ninguno de los hombres del mercader de luchadores llegó al lavabo.

Momentos después, escuchaba el ruido de la puerta al cerrarse. Rohos no tardó en hacer acto de presencia.

—Tenemos de tiempo casi doce horas —informó.

—Muy bien. Ahora debemos esperar —dijo Stuart—. Supongo que tendrán uno o dos hombres de guardia durante la noche, pero los demás dormirán. Esperemos —insistió.

Rohos contempló con admiración el hueco del suelo.

—Eso da a alguna parte —exclamó.

—A muchas partes —sonrió Stuart.

Tres horas más tarde, Stuart, seguido por los prisioneros, se adentró en el conducto que había bajo el suelo. De cuando en cuando, se detenía a escuchar.

Al cabo de un rato, se detuvo en un lugar, que tanteó suavemente con las manos. Hizo fuerza y un sector de lo que era ahora techo se levantó un poco.

Los ojos de Stuart exploraron lo que había al otro lado. Vio a un hombre de espaldas a él, vigilando los instrumentos de la nave, pero, de súbito, sintió pasos y bajó la trampilla.

—Silencio, Rohos —susurró.

Sonaron pasos por encima de sus cabezas. Dos hombres intercambiaron unas breves frases. Uno de ellos se marchó a poco.

Stuart comprendió que se había efectuado el relevo. Dejó pasar todavía unos minutos y luego volvió a alzar la trampilla.

El vigilante estaba de espaldas a él. Lentamente, salió del túnel y, cuando estuvo fuera, se arrojó bruscamente contra el individuo.

Hubo una breve lucha. Luego, un cuerpo humano cayó al suelo. Alguien saltó sobre el caído y se apoderó de su pistola radiante.

—Ahora, a por los demás.

Había un brillo salvaje en los ojos de los hombres, e incluso en los de algunas de las mujeres capturadas. Rohos, seguido de los demás, corrió fuera de la cabina de mando.

Se oyeron algunos gritos de terror. Sonaron blasfemias y maldiciones. Stuart oyó e! característico chasquido de las pistolas

radiantes. Alguien lanzó un horrible alarido de dolor.

Luego volvió el silencio. Stuart y la muchacha aguardaban en la cabina.

Minutos después, un hombre entraba a trompicones. Dos pies le golpearon la espalda, arrojándole al suelo.

—¡Ahí lo tienes, Roddy! —exclamó Rohos, con acento triunfal.

Ahora, todos los prisioneros, incluso las mujeres, estaban armados. El aspecto de Syrmols, más que de temor era de sorpresa. Stuart comprendió que le resultaba difícil comprender cómo le habían capturado.

—Todos los demás han muerto —dijo uno.

Syrmols empezó a comprender lo delicado de su situación.

—Tengo dinero, mucho dinero... Os lo daré, si me respetáis la vida... —gimió, todavía arrodillado.

Un pie se estrelló contra su pómulo izquierdo.

—¡Imbécil! ¿Es que no comprendes que ahora nada de lo que hay aquí es tuyo? —le apostrofó uno de los prisioneros.

—Rohos, ¿qué pensáis hacer con él? —preguntó Stuart.

—Ha enviado a cientos de seres humanos a la muerte —contestó el aludido, hoscamente.

—Pero ahora está ya desarmado...

Un dedo índice se alzó súbitamente,

—Roddy, te respetamos porque has conseguido nuestra libertad —exclamó el sujeto—. Pero ya hemos lomado una decisión con respecto a Syrmols. Somos mayoría, no lo olvides.

—Así es —confirmó Rohos.

—Bien, pero ¿cuál es esa decisión?

Rohos sonrió.

—Sylmors ha disfrutado mucho con las peleas en el circo de Khandor-VI. Ahora veremos nosotros qué clase de luchador es él.

—No entiendo...

—Si quiere sobrevivir, tendrá que luchar por su propia vida en Dacyshohn.

—¿Algún planeta?

—Es un satélite de Thamas. Su situación estará señalada en los mapas de a bordo. Llévanos allí, Roddy.

Stuart se resignó.

—Con una condición —solicitó.

—No pidas demasiado —gruñó Rohos.

—Sólo quiero la astronave.

Rohos se encogió de hombros.

—Creí que pedirías algo más. Bien, encerrad a este canalla...

—Un momento —rogó Sylmors, algo más tranquilo, al saber que no iba a morir inmediatamente—. Quiero que me expliquéis cómo

habéis podido llegar hasta aquí.

—Tu nave es ya anticuada —dijo Stuart—. Tuve que desarrollar sus planos en el examen del primer curso de ingeniería estelar.

Sylmors torció el gesto.

—Debí haberme enterado de tu profesión al capturarte —masculló.

Rohos lanzó una fuerte risotada.

—Todos no son ignorantes cazadores y sencillos labriegos, como el resto de tus ex prisioneros —dijo—. ¡Vamos, al encierro con él, hasta que lleguemos a Dacyshohn!

La pelea tuvo lugar una semana más tarde y fue corta. Sylmors estaba enmohecido por la buena vida, pese a su formidable aspecto físico, y el animal con el que tuvo que enfrentarse resultó demasiado fuerte para él. Tratábase de una especie de tigre del tamaño de un caballo y con la piel escamosa, tan dura como el acero mejor templado. Sylmors no supo utilizar acertadamente la espada que le habían facilitado y el tigre acorazado destrozó su garganta al primer zarpazo.

—No era cazador —dijo Rohos, despectivamente.

—¿Hubieras vencido tú al animal con la espada solamente? —preguntó Stuart.

—He cazado muchos tigres acorazados. Su piel es muy apreciada en los lugares donde los potentados quieren una guardia vistosamente uniformada. Es preciso tener serenidad, aguardar a la bestia a pie firme y herirle en el paladar.

—Podías habérselo advertido así a Sylmors.

El reproche procedía de Ilyana. Rohos se volvió para mirarla desdeñosamente.

—Un cazador de hombres debe conocer bien el sector espacial en que se mueve —contestó significativamente.

Stuart no quiso que la discusión siguiera a mayores.

—Rohos, os llevaré a Thamax —dijo-—. Después, nos separaremos.

—Está bien.

Cuarenta y ocho horas más tarde, los prisioneros, tan inesperadamente liberados, abandonaban la nave. Vdinia, la esposa del cazador, abrazó y besó tiernamente a Ilyana.

—Amale, es todo un hombre —dijo.

Ilyana se ruborizó intensamente.

—Él amó a otra mujer y aún no la ha olvidado —contestó.

—Si tú quieres, la olvidará —vaticinó Vdinia.

Stuart y la muchacha volvieron a la nave. Momentos después, zarpaban de nuevo hacia el espacio.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó la muchacha.

—Hemos de volver a Summor-10. Allí podré pintar nuevas marcas en la nave, con toda tranquilidad. Después viajaremos a Ofix-8, para ver sí hemos recibido respuesta a las llamadas que dirigí en clave a mi amigo.

—¿Y después?

La mirada del hombre se endureció.

—Seguiré buscando a Egon Kervinor —dijo.

—Está en Forgox-III.

—Le conozco. Es muy probable que se haya marchado ya.

—¿Por qué dices eso?

—Es una especie de mercenario de altos vuelos. Tengo la seguridad de que el usurpador lo contrató solamente para conseguir ocupar el puesto de tu abuelo. Aunque, bien mirado, tampoco estaría de más hacer pesquisas en Forgox-III. Quizá alguien pueda darme alguna pista sobre su paradero actual, caso de que se haya marchado de tu planeta.

—Tengo allí buenos amigos, Roddy —manifestó ella.

—Si es necesario, les pediremos ayuda.

Volvieron a Summor-10. Ilyana se sintió decepcionada, porque, durante los días que siguieron, Stuart se portó con ella de un modo absolutamente correcto. Comprendía que lo que había estado a punto de suceder, cuando fueron atrapados por Sylmors, no había sido sino un ramalazo de pasión, pero aquella especie de fuego se había extinguido ya, debido a las circunstancias.

En su fuero interno, empezó a odiar a la mujer muerta, cuyo recuerdo parecía gravitar constantemente sobre el alma de Stuart.

* * *

Ofix-8 era un planeta de pequeñas dimensiones, con una sola ciudad, que formaba un abigarrado conjunto de casas de todas las formas y estilos, junto a un anchuroso río, de mansa corriente. El principal atractivo de Ofix-8, aparte su alborotada vida nocturna, consistía en el colosal conjunto de antenas que estaban situadas a tres kilómetros de la capital, sobre una extensa loma de unos cuatrocientos metros de altura.

Ninguna de las antenas, doce en total, medía menos de quinientos metros de altura. Desde Ofix-8 se podían enviar y recibir mensajes de cualquier planeta habitado en la galaxia, retransmitiéndolos, cuando la ocasión lo requería, a lugares donde las comunicaciones resultaban difíciles por la lejanía o la falta de potencia de la estación receptora.

La estación de transmisiones estaba constantemente vigilada por medio batallón de soldados especialmente entrenados. Nadie podía penetrar en el recinto sin un pase especial. Los hombres de la guardia tenían orden de disparar contra cualquier sospechoso. La orden se cumplía con harta frecuencia.

Stuart y la muchacha desembarcaron en el astropuerto. Abonaron una semana adelantada de estadías y luego pagaron el peaje por la cinta transportadora que conducía a la entrada de la ciudad. No les faltaba el dinero: la caja de Sylmors estaba bien provista.

Lo primero que hizo Stuart al llegar a la ciudad fue buscar alojamiento para él y para Ilyana. Después, entregó a la muchacha un fajo de billetes de papel de hilos de oro.

—Mil solares —dijo—. Cómprate ropas y todo lo que te haga falta. Nos veremos a la hora de la cena.

—¿Adónde te marchas? —quiso saber ella.

—Voy a ver si encuentro noticias de mi amigo.

Ilyana se quedó sola en la habitación del hotel. Un suspiro se escapó de su pecho. ¿Acaso se había roto para siempre el encanto que estuvo a punto de unirles con lazos más fuertes que el de una simple amistad?

De pronto concibió una idea. Stuart le había dado dinero. Lo gastaría adecuadamente.

Mientras, Stuart llegaba a la central de comunicaciones. Buscó la sala de mensajes cifrados y empezó a leer los papeles clavados en un enorme tablón. Todos los idiomas y todos los signos gráficos de la galaxia estaban representados en aquellos mensajes.

—¿Buscas a alguien? —preguntó de pronto una mujer, situada a sus espaldas,

—¿Te interesa mucho?

Ella lanzó una risita.

—Tú eres Roddy Stuart. El hombre a quien buscas no está aquí —dijo.

Stuart se volvió lentamente. La mujer, una alta pelirroja, de formas exuberantes, le miraba con ojos llenos de incitante malicia.

—El hombre a quien buscas se llama Lou Ernez —añadió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Stuart, asombrado.

—Estuve un tiempo empleada en la sala de claves —manifestó ella—. Por supuesto, todos conocemos las claves particulares, pero no repetimos los mensajes a nadie. Secreto profesional, claro.

—Entiendo. Pero ya no...

Ella movió una mano, pasándola a pocos centímetros de los contornos opulentos de su pecho.

—El sueldo era bueno, pero escaso —contestó insinuantemente.

—Hablemos de Lou Ernez, ¿quieres? —dijo Stuart.

—Sí, pero no aquí.

—Dime entonces dónde...

Las espesas pestañas de la mujer aletearon varias veces.

—Tengo una residencia privada en la calle treinta y dos, al final, en el lado más próximo al río —dijo—. Ven a verme a las ocho... con

cinco mil solares en el bolsillo.

—Pides mucho... Aún no sé tu nombre, mujer.

—Rhya.

—¿Nada más?

Una mano, de largos dedos, rematados en cinco uñas, cada una de las cuales estaba adornada con un brillante, golpeó suavemente la mejilla izquierda del hombre.

—A las ocho —repitió ella.

CAPÍTULO VII

Ilyana se contempló satisfecha ante el espejo, que devolvía su imagen completa. Estimaba un acierto el vestido que se había comprado, de osado diseño en la mitad superior y muy ceñido de la cintura hacia abajo. No obstante, a partir de la cadera izquierda, estaba abierto hasta el tobillo. El tejido era de finísimos hilos de plata, lo que representaba un exótico contraste con su piel dorada y su pelo intensamente negro.

En la peluquería del hotel habían hecho un buen trabajo, se dijo. Sus cabellos estaban recogidos en un peinado cónico, sujeto con una redecilla de hilos llenos de diminutas perlas. Una gran capa negra, con forro rojo, completaría el atuendo.

Cuando se probaba la capa, pensó que lo mejor sería cenar en la intimidad. La salida a un restaurante no le apetecía; podía perderse el efecto de la sorpresa que confiaba en obtener de Stuart.

Llamó a recepción y encargó cena para dos, a las siete y media. Todo se podía conseguir en Ophix-8 con dinero. Si se disponía de numerario suficiente, el límite era el cielo.

A las siete y media sirvieron la mesa. Ilyana empezó a dar muestras de impaciencia por la tardanza de Stuart. Un cuarto de hora más tarde, le llegó un mensaje escrito. Stuart se disculpaba. Una cita urgente e inaplazable le impediría reunirse con ella.

Ilyana pateó el suelo, rabiosa. Al cabo de unos momentos, triste y desanimada, se sentó frente a la mesa. ¿De qué le había servido arreglarse tanto?, se preguntó.

De pronto, llamaron a la puerta.

—Entre —dijo ella.

Un hombre abrió. Era alto, fornido, de barba abundante y ojos muy brillantes. Ilyana creyó haber visto aquel rostro en alguna parte.

—¿Qué desea? —preguntó, a la vez que se ponía en pie.

El hombre la miró, sonriendo de un modo extraño.

—Tú eres Ilyana K-Zur —dijo.

—Así me llamo, en efecto.

—Mi nombre es Dyrmols, hermano de Sylmors. Lo conociste, ¿verdad?

Ilyana se llevó una mano a la boca.

—Usted es...

De pronto, el hombre sacó una pistola.

—Escucha, guapa —dijo—. Vas a venir conmigo, sin armar ruido. Si alzas la voz, te convertiré en humo. ¿Está claro?

—Pe... pero ¿adónde quiere llevarme? —preguntó ella, a punto de desfallecer.

—No te preocupes, ya lo sabrás. Anda, ponte la capa. Y cuidado: si rechistas, apretaré el gatillo.

Desesperadamente, Ilyana pensó en Stuart. Dyrmols pareció adivinar sus pensamientos.

—No te preocupes —rio burlonamente—. Stuart está ahora en muy buena compañía. Ella es tan guapa como tú. O quizá más.

Sobrecogida de temor, Ilyana se dejó llevar sin oponer la menor resistencia y sin tener idea alguna de los propósitos de Dyrmols.

En aquellos momentos, Stuart llamaba a la puerta de la casa de Rhya.

* * *

La puerta se abrió por sí sola.

—Entra —sonó la voz femenina.

Stuart pasó al interior de la casa. Atravesó un pequeño vestíbulo y se encontró en un salón agradablemente decorado, en el que había una mesa dispuesta para la cena.

Rhya apareció a los pocos segundos. Los velos que cubrían su bien formado cuerpo dejaban poco a la imaginación. Avanzó hacia el joven y le tendió una mano. Las esmeraldas habían sustituido ahora a los diamantes en las puntiagudas uñas de la mujer.

—Eres exacto —dijo.

—¿Podría uno permitirse ser impuntual, sabiendo que le espera una mujer tan hermosa?

Rhya emitió una ligera carcajada.

—Vamos a tomar una copa —propuso.

—Creí que venía aquí para hablar de Lou Ernez —dijo él.

—Hay tiempo para todo. Aunque te dijera ahora dónde está tu amigo, ¿echarías a correr inmediatamente?

—Si estuviera en grave peligro...

—La salud de Ernez es perfecta y no corre peligro.

Stuart aceptó la copa que ella le ofrecía.

—Rhya, ¿quién eres? —preguntó.

—Una mujer, no fea, me parece —sonrió la aludida.

—Eso es lo que tengo a la vista. ¿Qué hay detrás de lo que mis ojos no alcanzan a ver?

—Amor —dijo Rhya, acercándosele mucho.

—¿Nada más?

—Eres muy receloso, Roddy.

—Hablemos primero de Ernez. Después... te dejaré la iniciativa.

—Ernez está prisionero.

—¿De quién? ¿Dónde?

—Fue capturado. Luchará en los próximos juegos de Khandor-VI.

Stuart respingó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Rhya levantó uno de los platos y sacó un papel que había debajo.

—Aquí tienes su último mensaje —dijo.

El hombre leyó las líneas escritas rápidamente. Luego alzó sus ojos hacia Rhya.

—Iré a libertarlo —afirmó.

—Las cárceles de Maphynos, el Intendente, son muy seguras.

—Tú puedes ayudarme a abrir esas rejas.

—¿De veras?

—Me pediste cinco mil solares. Añadiré cinco mil más si me ayudas.

—El juego es muy arriesgado, Roddy.

—¿Cuánto ganas ahora?

Rhya pareció meditar un instante.

—Tienes razón —convino—. Me ofreces el sueldo de cinco años. Acepto.

—Entonces, vamos a trazar el plan...

Los brazos de la mujer rodearon el cuello masculino.

—Ahora no vamos a zarpar en tu astronave, ¿verdad? —dijo, con acento cariñoso.

Stuart suspiró. Luego pensó que era preciso reconocer que Rhya poseía una turbadora belleza. Recordó un instante a Ilyana, pero los cálidos labios de Rhya se la hicieron olvidar instantáneamente.

* * *

Por la mañana, se preguntó cómo le daría la noticia a Ilyana. Iba a ser un compromiso..., pero Ilyana no era precisamente la clase de mujer que necesitaba para libertar a su amigo Lou Ernez.

—Ve al astropuerto —dijo, al despedirse de Rhya—. Ni nave tiene la cifra EEH40-44-N.

—Está bien; allí nos encontraremos.

Stuart abrió la puerta. En el mismo instante, se tropezó con un individuo.

Los dos hombres vacilaron a causa del encontronazo. Stuart consiguió recobrar el equilibrio antes que el otro. De pronto, le miró a la cara.

—¡Comandante Halka! —exclamó.

—Vaya, nos encontramos de nuevo —dijo el oficial jovialmente. De repente, exclamó—: Señora...

Stuart se volvió. Rhya estaba parada bajo el dintel de la otra puerta. Su rostro aparecía muy serio, en tanto que su pecho subía y bajaba con rápidos espasmos.

—Comandante Halka, hablando con palabras vulgares, ha metido usted la pata —dijo fríamente.

—Estás muy bien disfrazada, Dorys —comentó Stuart—. ¿Tanto te aburre la Dirección de Sehun, que vienes a Ophix-8 en busca de

aventuras... amorosas?

—Roddy... — Dorys corrió hacia él—. Tengo que explicarte... Necesito tu ayuda con urgencia...

—Lou Ernez la necesita más —contestó él.

De repente, sintió que algo duro se apoyaba en su costado.

—Roddy, cuando Su Gracia da una orden, es preciso cumplirla —dijo Halka.

El pecho de Stuart se dilató tempestuosamente. De súbito, giró sobre sus talones y, con el brazo estirado, golpeó el rostro del oficial.

Sorprendido, Halka trastabilló y cayó de espaldas, perdiendo la pistola. Cuando se disponía a incorporarse, una rodilla le golpeó venenosamente en la mandíbula.

—¡Roddy! —gritó ella, agudamente.

Pero Stuart ya no la hacía el menor caso. Los ojos de Dorys se llenaron de lágrimas de despecho,

—Comandante —dijo, cuando Halka hubo recobrado el conocimiento más tarde—, es usted un estúpido.

—Reconozco mi falta, señora —admitió Halka—. ¿Qué puedo hacer para repararla?

—Nada. Por ahora, desdichadamente, nada —contestó ella, sombríamente.

Stuart llegó al hotel. Con la sorpresa consiguiente, se enteró de que Ilyana había desaparecido, sin dejar su nueva dirección.

El hecho le decepcionó profundamente. Pero ya tenía el tiempo justo. Debía llegar a Khandor-VI cuanto antes o su amigo Ernez moriría sacrificado en los bárbaros juegos que se celebraban trimestralmente.

* * *

La capital de Khandor-VI era un hervidero de gente, como sucedía cada tres meses. A Stuart le hubiera resultado difícil encontrar alojamiento de no haber contado con la bien provista caja de Syrmols.

Apenas hubo encontrado hospedaje, empezó a dar los primeros pasos para el rescate de su amigo. En lugar de Dorys, buscaría la ayuda de otra mujer, hermosa y complaciente.

La encontró aquella misma tarde, en el gran salón de la posada donde había tomado alojamiento. Era una rubia de formas generosas y rostro lleno de malicia. Su nombre, según manifestación propia, era Hafedia.

—Tengo dos mil solares para ti, Hafedia—dijo, después de la primera copa.

Ella alzó las cejas.

—¿Eres algún príncipe disfrazado? —rio—. Nadie ofrece una suma semejante sólo por tomar unas copas en compañía...

—No se trata sólo de beber, sino de algo más importante. Pero

necesito tu discreción, Hafedia,

—Está bien, habla.

—Tengo un amigo que ha sido hecho prisionero y deberá luchar en los juegos. Tú eres de aquí, conoces a gente del personal de vigilancia del circo.

—Voy entendiendo. ¿Qué más?

—Dos mil solares para ti. Cinco mil, para el que suelte a mi amigo —dijo Stuart.

Hafedia pareció meditar sobre la proposición.

—Es un juego muy arriesgado —dijo.

—¿Por qué?

—Dyrmols, el jefe de guardianes, es un tipo muy receloso y despiadado. Añadamos, además, que es incorruptible.

—¿Qué pasaría si ofreciera cinco mil solares más?

Hafedia meneó la cabeza.

—Conozco a un oficial subalterno. Tal vez él..., pero no garantizo nada, te lo digo con sinceridad.

—Yo sí garantizo los diez mil, Hafedia. Y tres mil para ti.

—Está bien. Pero añadiré otra recompensa. Me pagarás si ganamos, Roddy.

—¿Cuál es la otra recompensa?

—Tú.

Stuart hizo un gesto de resignación.

—De acuerdo —dijo.

—Mi habitación es la número diecisiete del tercer piso. Ven a verme mañana, dentro de veinticuatro horas. Tendrás la respuesta, Roddy.

—Y tú, el dinero prometido.

Hafedia sonrió.

—No sólo quiero dinero —contestó.

Al día siguiente, Stuart, a la hora convenida, fue a la habitación de Hafedia. Ella estaba aguardándole, pero no en la forma que él suponía.

Hafedia estaba clavada a una de las paredes, por una espada de doble filo, que le había atravesado el cuerpo de lado a lado. A sus pies había un charco de roja sangre.

Sorprendentemente, Hafedia vivía aún. Alzó un poco la cabeza y murmuró, con acento agónico:

—Cuidado... Dyrmols... sabe que estás aquí... Es hermano de Syrmols.

Stuart procuró dominar la terrible impresión que le causaba el espantoso hallazgo. Ni siquiera intentó arrancar la espada; sabía que la muerte de Hafedia era cuestión de pocos minutos.

—Syrmols... ha hecho ejecutar a tu... amigo...

La cabeza de Hafedia se dobló bruscamente sobre su pecho. Stuart crispó los puños. Dyrmols era tan despiadado como su hermano.

Pero ahora él tenía dos muertes que vengar. Dyrmols no iba a vivir mucho tiempo más, se prometió solemnemente.

CAPÍTULO VIII

Enormes masas de gente acudían al circo, ávidas de presenciar el sangriento espectáculo. Confundido con la muchedumbre, Stuart marchaba en la misma dirección. Antes de hacer nada contra Dyrmols, se dijo, convenía estudiar el panorama.

El anfiteatro era enorme, con capacidad para trescientos mil espectadores. Stuart pensó en la espantosa falta de piedad de aquellas gentes, para quienes lo más importante era presenciar la sangrienta muerte de otros congéneres. Maphynos, se dijo, mantenía así satisfecho a su pueblo.

Entró en el circo. Una oportuna y generosa propina le permitió ocupar uno de los asientos más próximos al palco que ocuparían Maphynos y su corte. El título de Intendente que recibía aquel repulsivo sujeto estaba sobradamente justificado. Daba de comer y proporcionaba diversión a su pueblo. ¿Qué más podían pedir los satisfechos habitantes de Khandor-VI?

El bullicio era enorme. Había cámaras de televisión por todas partes. Pese a su capacidad, el circo era insuficiente para la cantidad de espectadores que deseaban presenciar las luchas entre los prisioneros.

Un estridor de trompetas acalló momentáneamente los gritos de la muchedumbre. En un enorme palanquín, sostenido por dos docenas de robustos porteadores, Maphynos hizo su aparición. Stuart se quedó estupefacto al verlo.

Era un hombre increíblemente voluminoso, una masa de carne gelatinosa, en la que apenas si se distinguían unos ojillos diminutos, una esférica protuberancia en lugar de la nariz y una grieta como boca. Las manos emergían apenas de los costosos ropajes de ceremonia que vestía.

Una grúa izó su cuerpo, por medio de los atalajes correspondientes, hasta el enorme sillón presidencial. Los cortesanos revoloteaban afanosa y servilmente en torno a su Intendente. Entre ellos, algo distanciado, irónico y displicente, vio a Dyrmols, tan parecido a su hermano, salvo por una mayor esbeltez y la barba negra.

Por lo demás, eran dos gotas de agua. Pero Stuart sabía cómo hacer caer a aquel sujeto en una trampa de la que no tendría escapatoria posible. Durante la víspera, había entrado en conocimiento con las leyes khandorianas. Se serviría de ellas para vengar a Ernez y a Hafedia.

Las trompetas sonaron de nuevo. Maphynos agitó levemente una mano. Bajo su palco, se abrió una gran reja. Los dos primeros condenados salieron a la arena, armados con sendas espadas.

Eran hombre y mujer. Las peleas tenían lugar por sorteo, sin importar el sexo. Stuart miró a la mujer y creyó que soñaba.

—¡Ilyana!

Pero ¿qué hacía ella en aquel lugar de muerte?

Se oyó un terrible clamoreo. La primera lucha iba a empezar.

—Lo siento —dijo el condenado—. Para salvar mi vida, tengo que matarte.

Ilyana le miró, extrañamente serena.

—No sé pelear —contestó—. Por favor, sé piadoso y acaba conmigo al primer golpe.

El luchador titubeó. Durante unos instantes, contempló a aquella hermosa mujer, cuyo esbelto cuerpo estaba apenas cubierto por dos breves trozos de tela, y vio en ella tristeza y profunda desesperación. Pero cualquier sentimiento compasivo desapareció ante el propio de conservación de la existencia.

—Lo siento —dijo—. Procuraré ser rápido.

La espada del luchador, se alzó. Ilyana cerró los ojos.

De súbito, se oyó un atronador clamoreo. ¿Qué sucedía allí?

Una voz sonó a pocos pasos de distancia. Ilyana se tambaleó. Creía soñar.

La multitud contemplaba expectante a aquel hombre alto y fuerte, que había saltado a la arena y levantaba ambos brazos en demanda de silencio. Uno de los guardias le arrojó un micrófono y Stuart lo atrapó al vuelo.

—¡Roddy, querido! —gimió.

—Intendente —gritó Stuart, de modo que todo el mundo pudiera escucharle, a través de la red de altavoces del disco—. Apelo a tu rectitud y a las leyes khandorianas, y por ello solicito el derecho de sustituir a esta mujer en su lucha.

Sonaron muchos aplausos. El otro prisionero frunció el ceño; las cosas se le torcían, de manera inesperada.

—Concedido —dijo Maphynos.

Stuart hizo una ligera reverencia y se acercó a la muchacha, apoderándose de su espada.

—No temas —murmuró.

Y acto seguido, se enfrentó con su adversario.

El hombre estaba pálido. De seguro vencedor de la lucha, se veía ahora perdedor. Matando a la mujer, hubiera tenido tres meses más de vida, hasta los próximos juegos, pero veía claramente que no, podría triunfar de su inesperado contrincante.

Stuart se acercó a él.

—No temas —bisbiseó—. Lo que menos quiero es matarte o que me mates. Escucha: vamos a simular que cambiamos unos cuantos golpes. Hablaremos mientras cruzamos las espadas.

* * *

Los aceros chocaron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Stuart.

—Dxyll, de Thamax.

—Conozco a Rohos, el cazador, y a su esposa Vdinia. Fueron capturados y yo los liberé.

—Yo también los conozco…

—Syrmols ha muerto. Su nave es mía ahora. Escucha, Dxyll, tengo que herirte. No quiero hacerte daño; sólo quiero que brote la sangre aparatosamente. Entonces, déjate caer como si estuvieras muerto, Vendrán a retirarte. Déjate llevar a las ergástulas… ¿Cuántos prisioneros hay?

—Ochocientos, más o menos…

—Esperad mi orden. Cuando oigas mi voz por los megáfonos, atacad a los guardianes. ¿Prefieres morir en los próximos juegos? Aunque ahora murieses luchando contra los guardias de Maphyros, ¿no sería una suerte mejor que servir de entretenimiento a estas fieras?

Los ojos de Dxyll brillaron de pronto.

—Tienes razón —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Roddy Stuart.

—He oído tu nombre. La historia de tu hazaña ha llegado hasta las ergástulas. Todos alabaron el nombre del héroe que mató a ese miserable Syrmols…

—En tal casó, cuando los subleves, diles que yo estaré aquí, en el circo. ¿Lo has comprendido todo bien, Dxyll?

—Sí.

Sonaron algunos abucheos. Muchos de los espectadores se impacientaban.

—Prepárate, Dxyll.

—Cuando quieras.

Stuart simuló una estocada a fondo. En realidad, lo que hizo fue practicar un corte aparatoso en el pecho de Dxyll. La sangre brotó. Dxyll abrió los brazos y se desplomó al suelo.

Se oyeron muchos aplausos. Stuart se volvió hacia el palco, después de haber recibido nuevamente el micrófono.

—Maphynos —gritó—, como vencedor en esta pelea, reclamo mi derecho, concedido por las leyes de este planeta, de luchar contra la persona que yo desee.

Dos guardias salían ya de la puerta y corrían hacia el caído. Con el rabillo del ojo, Stuart vio que Dxyll realizaba perfectamente su papel.

Maphynos alzó una mano.

—Di el nombre —pidió, con voz ridículamente aflautada.

—Dyrmols.

El aludido se estremeció bruscamente. Se oyeron murmullos de admiración. Stuart volvió a hablar.

—Según las leyes, el retado tiene que aceptar el desafío, so pena de perder todos sus privilegios —dijo.

Hubo un relámpago de ira en las pupilas de Dyrmols. Los oficiales de la guardia de Maphynos le contemplaban burlonamente.

—Tú eres el proveedor de luchadores —dijo uno de ellos—. Haz ahora lo que has hecho hacer a tantos otros.

Dyrmols se arrancó de un manotazo el lujoso manto que llevaba puesto.

—Voy a demostrar que no tengo miedo a nadie —exclamó, despectivamente.

Y saltó a la arena, desde una altura de cuatro o cinco metros, a fin de demostrar que era un hombre ágil y fuerte.

La espada de Dxyll estaba caída en el suelo. Dyrmols la empuñó, sopesándola unos instantes, mientras contemplaba a su adversario.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Stuart. Me apoderé de la nave del canalla de tu hermano. Toda su tripulación murió. A él se le obligó a luchar con un tigre acorazado.

—Syrmols se había ablandado en los últimos tiempos —dijo Syrmols, sonriendo desdeñosamente. Y, de súbito, sin previo aviso, se tiró a fondo.

Ilyana lanzó un grito. Por un instante, llegó a creer que la espada atravesaría el cuerpo de Stuart, pero el joven saltó a un lado y el acero pasó silbando junto a su cuerpo.

El de Dyrmols quedó un instante al descubierto. Cuando quiso rectificar, era ya tarde. Stuart giró un cuarto a su derecha y clavó la espada en el indefenso costado de su adversario.

El acero llegó hasta el costado opuesto. Los ojos de Dyrmols voltearon agónicamente en sus órbitas. Stuart retiró la espada. Un caño de roja sangre brotaba por la herida, de seis centímetros de anchura.

Dyrmols dio unos pasos, vacilante. De pronto, cayó sobre la arena. Pataleó un poco y luego se quedó quieto, en medio de un silencio expectante, que era la nota general en todos los graderíos.

Stuart se dio cuenta de que aquel era el momento exacto. Inclinándose rápidamente, agarró el micrófono y gritó:

—¡Dxyll, adelante!

Por la gran puerta que conducía a las ergástulas, donde estaban los prisioneros, brotó de repente un griterío ensordecedor. Los guardias se volvieron a mirar hacía el interior.

En el palco del Intendente hubo un movimiento general de alarma. Súbitamente, un enorme tropel de gente armada salió a la

arena.

Hombres y mujeres, todos ellos jóvenes y fuertes, aparecieron armados con espadas, hachas y venablos, y aullaban frenéticamente. La escolta de Maphynos empezó a dar los pasos necesarios para salvarle.

Los guardias intentaban defenderse contra aquella inesperada sublevación. Algunos tenían pistolas radiantes y las usaron, pero causaron pocas víctimas, porque, en seguida, fueron arrollados por los sublevados. De pronto, un numeroso grupo de prisioneros asaltó el palco presidencial.

Se oyeron unos atroces chillidos de pavor. La escolta, diezmada, abandonó a Maphyros, ridículamente colgado de la grúa que servía para pasarle al palanquín. Dos o tres espadas rajaron despiadadamente aquel enorme corpachón, abriendo el vientre en toda su longitud. Cascadas de sangre, mezcladas con las entrañas, chorrearon al suelo, mientras las ridículas piernecillas de Maphynos se estremecían convulsivamente.

La confusión era enorme. Los guardias sobrevivientes habían abandonado sus puestos. Stuart e Ilyana no tuvieron ninguna dificultad en abandonar el enorme anfiteatro.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella, considerando su salvación como una especie de milagro.

—A mi astronave —respondió Stuart firmemente.

CAPÍTULO IX

Las explicaciones tuvieron lugar en pleno espacio. Al terminar, Ilyana miró burlonamente a Stuart.

—De modo que estuviste con Dorys —dijo.

—Ella me engañó a mí...

—El hombre fuerte y recto —ironizó la joven.

—Pero ¿cómo diablos iba a suponer yo que se trataba de Dorys? La historia que me contó era perfectamente lógica. Su disfraz no poseía un fallo. ¿Podía imaginarme que Dorys estuviese en Ophix-8?

—Oh, no, claro que no..., aunque tampoco desaprovechaste la ocasión.

—No soy de hielo —refunfuñó él.

—Hasta ahora, eso es lo que creía.

—Escucha, Ilyana, deja ya de zaherirme. Tengo mis sentimientos, como cualquier otro hombre. Y yo quería saber noticias de Lou Ernez.

—Ella te dijo que sabía dónde estaba.

—Sí. Por eso acudí a la cita.

—Pero, bueno, ella no te retuvo a la fuerza...

—¿Es que no lo comprendes? Me engañó y te dejé sola. Así pudo Dyrmols llegar y secuestrarte,

Ilyana frunció el ceño.

—¿Por qué quería esa mujer apartarte de mi lado?

—No lo sé —rezongó él—. Pero sus excusas eran válidas. Las chicas que trabajan en el centro de recepción de mensajes acaban por conocer todas las claves personales. Y si no, ¿cómo sabía ella la clave de mi mensaje?

—Se lo diría alguna de esas chicas... ¿Por dinero?

—Seguramente, Ilyana; por muchísimo dinero.

—Ella te busca desde hace tiempo, pero me parece que no lo hace solamente por el placer de disfrutar de tu compañía. Hay algo más, ¿no crees?

—En todo caso, no me lo dijo.

—Y tú no echaste a correr precisamente en busca de tu amigo.

Stuart masculló algo entre dientes.

—Dyrmols lo hizo matar, cuando se enteró de que yo estaba en Khandor —dijo—. También mató a mi confidente. Pero nunca esperó que yo le desafiara en el circo. Creía que todo eso sería suficiente para hacerme abandonar el planeta.

—Está bien, pero dime al menos para qué lo buscabas.

—Ya había terminado su tarea. Era un buen amigo. Dejó a su esposa y a sus hijos para ayudarme a buscar a Kervinor.

Ilyana le dirigió una mirada de reproche.

—No debiste permitir que corriera semejantes riesgos, por una venganza personal —dijo, acusadoramente.

—Era mi amigo. Yo hubiera hecho lo mismo por él, aun sabiendo los riesgos que corría. La amistad debe ser algo más que una palabra o no es amistad.

—No, si argumentos no te faltan. Bien, pero ya sabes que Kervinor está en Forgox-III. ¿Vamos allí?

Stuart consultó unos momentos el cuadro de mandos.

—Sí, pero no haremos el viaje directamente —contestó—. Andamos algo escasos de combustible. Tuve que consumir demasiado en un viaje muy rápido a Khandor-VI.

—Está bien, tú eres el capitán. Si no te importa, voy a bañarme.

Stuart no contestó. Claramente se daba cuenta de que la inoportuna acción de Dorys había alzado un muro entre los dos. Lamentaba haber herido el amor propio de la muchacha, pero no se consideraba totalmente culpable.

Una semana después, tomaron tierra en Ophix-8. Stuart entregó a Ilyana un fajo de billetes.

—Perdiste tus ropas —dijo.

—Algo quedará en el hotel. De todos modos, no necesito el dinero.

—Por favor…

—Voy a quedarme en Ophix-8. No me faltará algún empleo.

—Tú no tienes conocimientos de transmisión de mensajes cifrados —gruñó él.

—¿Quién te ha dicho que voy a ponerme seis horas diarias detrás de una consola, con un casco de auriculares y un micrófono? —rio Ilyana burlonamente—. Hay otra clase de empleos…, mucho más productivos y descansados. Dorys podría decir algo al respecto, ¿no?

Stuart se quedó con la boca abierta. Antes de que pudiera reaccionar, Ilyana saltaba ya a la cinta de veinticinco kilómetros por hora y se perdía en dirección a la capital.

Maldijo entre dientes. Las mujeres, se dijo, siempre traían complicaciones. Pero no se sentía insatisfecho de haber salvado a Ilyana.

Encaminó sus pasos hacia la administración del astropuerto. Buscó la oficina correspondiente y dio su nombre y el número de la astronave.

—Lo sentimos, capitán —dijo el empleado—. No hay combustible disponible en estos momentos. Aguardamos un cargamento, pero no tenemos seguridad en una hora fija de llegada.

Stuart lanzó un juramento. Pero no tardó en darse cuenta de las intenciones del sujeto.

—Pagaré el doble —bisbiseó, a fin de excitar la codicia de su

interlocutor.

El hombre meneó la cabeza.

—Lo siento, capitán. Hay tres dosis de combustible, en efecto, pero todas han sido adquiridas por el capitán Ranshall.

—A su disposición, Roddy Stuart —dijo de pronto una voz masculina—. Usted se extrañará que un comandante de astronave reserve tres cargas de combustible, cuando sólo necesita dos, en el mejor de los casos, pero se lo explicaré si tiene la bondad de aceptarme una copa en el bar del astropuerto.

Stuart se volvió. Delante de él había un hombre de unos cuarenta años, delgado y de mediana estatura, en cuyo rostro había una expresión de astucia que lo hacía poco simpático a primera vista.

—Tomaremos esa copa, capitán Ranshall —dijo el joven con voz neutra.

—Tom es mi nombre, Roddy —indicó el otro, sin perder la sonrisa.

* * *

Los dos hombres estaban sentados frente a frente, a ambos lados de una mesa. Ranshall aguardó a que la atractiva camarera hubiese traído las copas para empezar a hablar.

—Tendrá su carga de combustible, Roddy —dijo, tras el primer trago—. Con una sola condición.

—Usted dirá, Tom.

—No le cobraré nada por el combustible ni por las operaciones de manipulación. Simplemente, le pediré que se vuelva a la Tierra.

Stuart arqueó las cejas.

—¿Por qué?

Un fajo de billetes cayó sobre la mesa.

—Cincuenta mil solares me dan derecho a no contestar más preguntas —dijo Ranshall.

Stuart vaciló durante unos momentos. Había viajado durante años enteros, persiguiendo algo que a veces le parecía un sueño. Empezaba a sentirse cansado. Quería establecerse en un sitio fijo... y Ranshall le ofrecía la oportunidad.

—Tom, si aceptase, ¿podría llevar en mi nave a quien yo quisiera? —preguntó, después de unos momentos de reflexión.

—Como si la quiere atiborrar de pasajeros —rio el otro—. Lo único que quiero es que se vuelva a la Tierra. Pero eso sí: habrá de permitir que dos hombres de mi absoluta confianza le acompañen en el viaje, para asegurarme de que cumple su palabra. Una vez allí, le entregarán otros cincuenta mil solares a cambio de su astronave. El precio es ridículo, pero hay que tener en cuenta que la nave es un poco anticuada.

—Cien mil en total.

—Sí.

Stuart empujó el dinero hacia Ranshall.

—Deme veinticuatro horas —pidió.

—Ni un minuto más —accedió el otro.

Stuart se puso en pie.

—Me hospedo en el *Galacticus* —dijo.

Abandonó el lugar. La propuesta de Ranshall le preocupaba profundamente. Nadie daba tanto dinero por nada, pensó. ¿Estaba Ranshall complicado con Kervinor?

Marchó al hotel. Se aseó un poco y pasó a la habitación de Ilyana.

—Tengo que decirte algo —manifestó.

Ella le miró fríamente.

—Roddy, me salvaste la vida en dos ocasiones. Pero no quiero que te aproveches de mi gratitud para satisfacer tus ansias de venganza.

—Estoy empezando a olvidar a Kervinor —contestó él—. Tengo entendido que a ti no te importa ya no volver a Forgox-III.

—Nunca me gustó el puesto de dirigente máximo, que debería ostentar por herencia. Lo habría aceptado si las cosas se hubieran desarrollado con normalidad, pero, puesto que me expulsaron, puesto que nadie alzó una mano en mi favor, ya no tengo el menor interés en volver allí.

—Está bien. En tal caso, quizá te gustaría conocer la Tierra.

Sorprendida, Ilyana alzó las cejas.

—¿Es que te vuelves allí? —preguntó.

—No me gustaría regresar solo —contestó él.

Ilyana guardó silencio durante unos momentos.

—Yo debería contestarte que sí, pero he aprendido a dominar mis sentimientos, al menos en parte —dijo al cabo—. Comprendo que lo que te sucedió fue horrible, pero yo no quiero luchar día a día con una rival muerta.

Stuart inspiró con fuerza.

—Tengo ya treinta y cuatro años —dijo—. El pasado empieza a alejarse, Ilyana.

Una dulce sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—¿Hablas sinceramente, Roddy?

Stuart avanzó hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Hablo con el corazón en la mano —aseguró.

Por segunda vez, buscó su boca. Pero, al igual que la primera, algo les interrumpió bruscamente.

Llamaron a la puerta. Alarmada, Ilyana se separó del joven.

—No sé quién pueda ser...

—Iré a abrir —gruñó Stuart, terriblemente molesto por la interrupción.

Cruzó la estancia y abrió. Una hermosa muchacha, vestida de un modo incitante, apareció ante sus ojos.

—Hola, capitán Stuart —dijo—. Tengo que hablar con usted. Es muy urgente.

Ilyana lanzó un grito de furia. Saltó hacia adelante y empujó a Stuart con ambas manos, lanzándolo al centro del pasillo.

—¡Vete con ella, miserable! —gritó—. ¡Vete con esa pájara!...

La puerta se cerró con tremendo estrépito. Caído en el suelo, atravesado sobre el cuerpo de la chica, a la que había derribado a causa del inesperado empujón, Stuart lanzó un sonoro juramento.

—¿No podías haber venido en otro momento? —dijo.

—¿Y yo qué sabía?... Por favor, ¿puedo levantarme?

Stuart se incorporó. Ella se puso en pie, tratando de arreglarse los desperfectos del traje.

—Adiós —se despidió secamente.

—Aguarda —dijo él, agarrándola por un brazo—. Después de haberme estropeado la noche, no te vayas sin más. ¿A qué diablos has venido?

—¿Es que no me recuerdas?

Stuart la miró fijamente.

—Tú eres la camarera que nos sirvió hoy al capitán Ranshall y a mí en el astropuerto —dijo.

—Así es —confirmó ella—. Escucha un momento: yo no busco ninguna aventura..., aunque, a decir verdad —sonrió—, no me importaría en absoluto. Pero quiero que sepas que te han engañado.

—¿Cómo?

—El empleado que dijo que no había combustible te mintió. Estaba pagado por Ranshall.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se arregló el pelo con gesto incitante.

—Anda detrás de mí —respondió—. Me enseñó esta tarde un buen fajo de billetes, su sueldo de un año, por lo menos.

—¿Y...?

—Tengo buen oído. Escuché todo lo que te decía Ranshall. Entonces, ya no me cupo la menor duda sobre el origen de aquel dinero. Hice averiguaciones por mi cuenta y así supe que hay repuestos de combustible.

—Una buena noticia- —sonrió Stuart—. ¿Cómo te llamas?

—Ernina.

Stuart agarró a la camarera por un brazo.

—Vamos a mi habitación.

Entraron. Stuart cerró la puerta y enseñó un fajo de billetes.

—Sigue hablando, Ernina —pidió.

Ella se le acercó melosa.

—¿Por qué no pides una botella y dos copas? —sugirió.

—Ernina, lo siento, pero no tengo tiempo que perder. Por favor, habla, te lo ruego.

Ella suspiró, resignada.

—Ranshall no actúa por propia iniciativa. Le escuché hablar con su segundo. Mencionaron dos nombres: Sehun y Kervinor...

—¡Kervinor! —exclamó Stuart, sin poder contenerse.

—Sí, exactamente —corroboró Ernina.

Diez billetes de cien solares fueron a parar al escote de la camarera. Luego, Stuart le dio un beso en la mejilla y una palmada en el atractivo final de la espalda.

—Siento no poder quedarme a tomar unas copas contigo —dijo.

—Más lo siento yo —se lamentó Ernina.

Cuando se trataba de actuar, Stuart no era hombre que perdiese el tiempo. Cinco minutos más tarde, abandonaba el hotel, ignorante de que el comandante Halka estaba a punto de llegar.

CAPÍTULO X

Ilyana terminó de cenar. Los platos estaban poco menos que intactos. Tomó una copa y empezó a pensar amargamente en su futuro.

Ya no cabía hacerse ilusiones. Stuart no pensaba en ella de la forma que le habría gustado. Se sabía hermosa, atractiva..., pero no era la única mujer con tales cualidades. Stuart necesitaba más mujeres para olvidar su drama.

Entre despechada y desilusionada, se puso en pie. No podía volver a Forgox-III, Caiwur, el usurpador, la haría matar y esta vez rápidamente, sin morbosidades, asegurándose de que ya no iba a ser un estorbo. Empezó a quitarse el vestido, preguntándose qué podría hacer en Ophix-8.

De pronto, llamaron a la puerta.

Apresuradamente, se subió los tirantes del vestido y corrió a abrir. El hombre que había en el umbral causó un escalofrío en su desnuda espalda.

—¡Comandante Halka! —exclamó.

Halka entró y cerró a sus espaldas.

—Tengo una misión que cumplir —dijo.

—¿Va a matarme? —preguntó Ilyana altivamente.

—Oh, no, en absoluto. Su Gracia no me lo perdonaría.

—Entonces...

—Voy a decirle una cosa. El escándalo resultaría inconveniente, más que para usted, para cierta persona hacia la cual siente una viva simpatía. ¿Me comprende?

—Creo que sí, comandante —dijo ella, muy rígida.

—En tal caso, le ruego me acompañe sin protestar. Será un bien para todos, empezando por «él».

—Empiezo a sospechar que están vigilando a Stuart.

Halka sonrió de una manera singular.

—Es usted muy perspicaz —contestó.

—Muy bien, en tal caso, le acompañaré... ¿Puedo llevar algo de equipaje?

—Por supuesto.

—Tenga la bondad de aguardarme un momento, comandante.

Ilyana cruzó la sala y se dispuso a entrar en el dormitorio. Antes de cruzar la puerta, se volvió hacia el visitante.

—No me escaparé por la ventana —sonrió—. Son siete pisos.

—Estoy seguro de que no quiere hacer nada que pueda poner en peligro la vida de Roddy Stuart —dijo Halka plácidamente.

Ilyana entró en el dormitorio y arrojó algunas prendas de ropa

sobre un maletín. Luego, con el lápiz de perfilar las cejas, escribió una sola palabra sobre la almohada.

Cinco minutos después, estaba de nuevo en la sala.

—A su disposición, comandante —dijo.

Halka señaló la puerta con gesto galante.

—Mil gracias —sonrió.

Bajaron en el ascensor. Halka, cortés, se hizo cargo del maletín. Cuando salían del hotel, dijo:

—Tengo la seguridad de que ha dejado un mensaje escrito para Stuart.

Ilyana sintió que se le paraba el corazón. Halka lanzó una risita y añadió:

—Es, precisamente, lo que yo esperaba que hiciera.

—Ahora enviará usted a uno de sus esbirros a borrar la pista... —dijo ella, con voz súbitamente enronquecida.

—Nada de eso. Lo que deseo es que Stuart se entere de que usted viene conmigo a Sehun —contestó Halka, sorprendentemente.

* * *

Tom Ranshall lanzó una alegre carcajada y luego tiró del brazo de la mujer que había tomado con él una copa.

—Vamos arriba —propuso—. Aquí hay mucha gente.

Ella se dejó llevar sin resistencia. Había visto dinero abundante en la mano del terrestre. Una parte de aquellos billetes serían suyos aquella misma noche.

Ranshall y la mujer subieron al piso superior y entraron en el reservado. Ranshall llamó por el interfono y pidió una botella y dos copas.

—Yo le subiré el pedido —dijo Stuart, al camarero que había atendido la llamada.

El camarero parpadeó. Stuart puso en su mano un billete de cien solares.

—La bandeja, pronto —pidió.

El camarero sonrió.

—Por ese precio...

Momentos después, Stuart subía al primer piso. Llamó a una puerta y esperó.

—Entre —dijo Ranshall.

Stuart pasó al reservado. Ranshall le miró con ojos atónitos.

—Pero ¿qué diablos...?

Tranquilamente, sin mostrar el menor enojo, Stuart dejó la bandeja sobre una mesa. Luego, de modo repentino, disparó su puño derecho.

Ranshall se desplomó fulminado. La mujer chilló, asustada.

—No alces la voz —gruñó Stuart.

Se inclinó sobre el caído y le registró los bolsillos. Unos cuántos billetes fueron a parar a la mano de la estupefacta mujer.

—Lárgate y cierra el pico.

Ella salió disparada.

—Oye, si quieres... —dijo desde la puerta.

—¡Fuera!

La puerta se cerró. Stuart se inclinó sobre el caído, lo alzó con dos manos poderosas y lo arrojó sobre un diván. Luego le dio un par de bofetadas en ambas mejillas, a fin de hacerle recobrar el conocimiento.

Ranshall volvió en sí pasados unos momentos. Abrió los ojos y vio a Stuart sirviéndose una copa.

—¿Eh? ¿Qué demonios...?

—¿Dónde está Kervinor? —preguntó Stuart.

—¿Kervinor? Yo no...

—Tom, tú y tu segundo hablasteis ayer de Kervinor. Lo sé muy bien, como sé también que había combustible en el astropuerto. Me disgustaría tener que recurrir a procedimientos extremos para hacerte

hablar, pero si es necesario, lo haré.

Ranshall se puso en pie.

—Dame una copa —gruñó.

Stuart inclinó la botella y llenó la copa. Ranshall se acercó y la cogió. Su contenido voló por los aires, pero la cara de Stuart no estaba ya en el lugar deseado.

Algo le golpeó la cara con tremenda potencia. Ranshall dio una voltereta en el aire y salió disparado contra el diván.

Antes de que se recuperase, dos poderosos brazos le alzaron en vilo. Luego se sintió girar sobre sí mismo, impotente para oponerse a la acción de su atacante, y, de pronto, se encontró con el brazo derecho a la espalda.

—¿Dónde está Kervinor?

Ranshall jadeó. Un dolor insoportable recorrió el brazo y llego hasta el hombro.

—Se...hun... —jadeó.

—¿Sehun? —repitió Stuart, atónito.

Era el último sitio en que hubiera esperado encontrar a Kervinor.

—Sí... Fue allí..., hace dos semanas.

—¿Con qué objeto?

—No... lo sé... Nunca dice nada de sus proyectos...

Stuart entendió que el sujeto era sincero.

—Seguramente, te contrató para que me dificultases un posible viaje a Sehun —adivinó.

—Sí, eso es...

—Tiene dinero, ¿eh?

—Ganó mucho en Forgox-III.

—Ya me imagino que Caiwur pagaría generosamente sus servicios. ¿No sabes dónde puedo encontrar a Kervinor en Sehun?

—Una vez... habló del Pozo Máximo...

—¿Qué es eso? —preguntó Stuart, asombrado.

—No lo sé, no quiso explicarlo.

—Escucha, Tom, si me has mentido...

Absorbido por el diálogo con Ranshall, no se dio cuenta de que la puerta del reservado se abría lentamente.

Una pistola apuntó al cuerpo de Stuart. De repente, se oyó un seco chasquido en el pasillo.

Stuart reconoció el ruido característico de las pistolas radiantes y saltó a un lado. Su atacante empezaba a convertirse en humo. Al mismo tiempo, la pistola que había empuñado se disparó por sí sola.

Ranshall lanzó un chillido aterrador al sentir el abrasador calor de la pistola térmica. Un segundo después era una masa de carne al rojo vivo. Luego, en pocos segundos, se convirtió en ceniza.

Stuart saltó al pasillo. El hombre que le había salvado la vida

sonreía complacido.

—Parece que he llegado a tiempo, capitán —dijo.

Stuart le miró inquisitivamente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Teniente Terlus, segundo del comandante Halka —se presentó el individuo—. Mi jefe me encargó protegerle —añadió.

—El comandante Halka es muy amable —contestó Stuart, con acento irónico—. Dele las gracias en mi nombre y dígale que presente mis respetos a Su Gracia, la directora Dorys.

—Capitán Stuart, creo que lo más conveniente sería que fuese usted en persona quien presentase sus respetos a Su Gracia.

—¿Sugiere que debo ir a Sehun, teniente?

—Tengo una nave ultrarrápida en el astropuerto. La distancia no es corta, precisamente, pero en dos saltos subespaciales, de veinticuatro horas de tiempo normal y treinta y cinco años luz cada uno, podemos llegar a Nymidia, la capital de Sehun.

—No iré a Sehun, teniente —declaró Stuart.

Terlus dio media vuelta.

—Mi nave tiene el atractivo nombre de *Viaje Feliz* —dijo, por encima del hombro.

Stuart había mentido deliberadamente. Lo que menos le interesaba era que se supiera que sí iba a ir a Sehun. Pero la actitud de Terlus le intrigaba sobremanera. Sin embargo, no pudo darle alcance. Terlus era un tipo rápido y ya se había perdido en las calles de la ciudad capital de Ophix-8.

Regresó al hotel. Al menos, consideró, debía despedirse de Ilyana.

Llamó a la puerta de la habitación que ocupaba la muchacha. En vista de que no le contestaba, decidió arrostrar su enojo, despertándola a aquella hora tan intempestiva.

Segundos después, comprendía los motivos del silencio de Ilyana. Asimismo, la conducta de Terlus se le hizo absolutamente diáfana.

Halka se había llevado a la muchacha. ¿Acaso pensaban utilizarla como rehén? Pero, si era así, ¿con qué objeto?

Su mente era aún un torbellino, cuando llegó al astropuerto.

Terlus aguardaba al pie de la escala de acceso a la astronave.

—Sabía que llegaría, capitán Stuart —dijo.

El joven le miró largamente.

—¿Qué le va a pasar a ella? —preguntó.

—Nada, a menos que usted acceda a la petición de Su Gracia.

—Pero ¿qué diablos tiene que pedirme esa mujer? —exclamó Stuart, con voz crispada.

—Su Gracia tendrá el mayor placer en exponerle sus deseos, cuando hayamos llegado a su residencia de Nymidia —contestó Terlus, señalando la escalera.

Stuart puso el pie en el primer peldaño.

—Dos días de viaje, ¿eh? —murmuró.

—La nave está provista de generadores Rosal-Stuart. Usted sabe algo sobre esas máquinas, capitán —contestó Terlus maliciosamente.

En medio de todo, se dijo Stuart, había algo que le tranquilizaba en la actitud del teniente. Dorys iba a pedirle un favor. Por tanto, no había temor inmediato a sufrir ningún daño ni tampoco a que lo sufriese Ilyana.

CAPÍTULO XI

El coche que aguardaba en el astropuerto les condujo a la máxima velocidad por las amplias vías de Nymidia. Stuart, asombrado, contempló el increíble progreso que representaban los altos edificios y los atrevidos viaductos que parecían cruzar por todas partes, como una tela de araña, hecha con hilos de cemento vitrificado. La silenciosa sirena del coche, lanzando sus señales a los cuadros de instrumentos de los demás vehículos, los obligaba a ceder el paso al que llevaba en los costados el escudo con las armas de la directora Dorys.

Atravesaron la ciudad. Stuart divisó un alto edificio, de forma esférica, sostenido por un delgado pedúnculo de ciento cincuenta metros de altura.

—Es la residencia de Su Gracia —indicó Terlus.

—Un lugar muy seguro contra posibles golpes de Estado — comentó el pasajero.

—Oh, no, no hay temor. En realidad, ella no gobierna, aunque tiene derecho de veto sobre las decisiones de sus consejeros. En Sehun la gente vive satisfecha. Su Gracia descarga las preocupaciones del Gobierno sobre su gabinete ministerial.

—Una buena política, en efecto.

—Aquí queremos que haya una figura resplandeciente como jefe de Estado planetario. Su Gracia lo es.

Stuart empezó a pensar que los sehunianos apreciaban a Dorys más de lo que él creía. Pero ella no tenía a un hombre a su lado. Su edad era de unos veintiocho o treinta años. ¿Por qué no se había casado aún?

Terlus pareció adivinar sus pensamientos.

—Su Gracia enviudó hace tres años —dijo—. No ha querido reincidir, por el momento.

Stuart asintió. Momentos después, el coche se detenía en la base de delgada columna que sustentaba el edificio circular.

Dos hombres uniformados abrieron una puerta. Terlus guio al joven hasta la entrada de un ascensor.

—Conduce directamente a las habitaciones personales de Su Gracia —indicó.

Stuart se volvió hacia su acompañante.

—¿No viene conmigo? —preguntó.

—La entrevista debe desarrollarse a solas —respondió el oficial.

Stuart entró en el ascensor. Le pareció que estaba en un cohete, tanta fue la rapidez con que el aparato se lanzó hacia arriba. Unos segundos más tarde, el ascensor se detuvo.

La puerta se deslizó a un lado. Stuart divisó una amplia estancia, agradablemente decorada, una de cuyas paredes, de contornos curvados, era enteramente de cristal.

—Bien venido, Roddy —dijo Dorys.

Ella estaba sentada en un blando diván de color rojo oscuro. Vestía de blanco y su rubia cabellera estaba fascinadoramente desplegada sobre sus hombros de mármol.

—¿No quieres entrar? ¿Estás resentido conmigo?

Stuart avanzó unos pasos.

—El teniente Terlus me ha dicho que eres muy apreciada en Sehun. Tal vez la gente esté equivocada contigo.

—¿Dices eso porque rapté a la chica? —Dorys se puso en pie—. Cuando me hayas oído hablar, tal vez cambies de opinión.

—Es posible. De todos modos, me veo obligado a escucharte.

Dorys rio suavemente. Se acercó a una mesita y tomó un frasco de cristal tallado, de color intensamente verde, con parte de cuyo contenido llenó dos copas a juego.

—Bebe —invitó, seductora.

Stuart contempló la copa al trasluz.

—Un vidrio muy bien trabajado —elogió.

—Botella y vasos están hechos de sendas esmeraldas —dijo ella.

—Voy a silbar de asombro. Si me lo permites, claro.

—Puedes hacerlo —sonrió Dorys—. Ah, y antes de que sigamos adelante, te diré que Ilyana se encuentra en perfecto estado.

—¿Por qué la has traído aquí?

—Para que vinieras tú, ya que no querías acudir por mí.

Stuart bebió un par de sorbos.

—¿Por qué no empiezas a hablar? —preguntó.

—Hay una bomba disgregadora en el Pozo Máximo. Quiero que la desactives. De lo contrario, Sehun puede convertirse en polvo.

* * *

Stuart vació la copa. Dorys quiso llenarla de nuevo, pero él se negó a seguir bebiendo.

—Sigue —invitó.

—La bomba fue colocada por un sujeto, quien asegura estar cumpliendo órdenes de Caiwur, actual protector de Forgox-III. Caiwur quiere convertirse en director de Sehun. Si no accedemos a sus peticiones, Sehun quedará pulverizado.

—¿Crees que yo puedo desarmar la bomba?

—Hace tiempo que ando buscándote —respondió Dorys—. Durante mucho tiempo, nos hemos resistido a las demandas de Caiwur. A lo que parece, ese sujeto no quería actuar a fondo, sin contar antes con todos los elementos que pueden favorecer sus propósitos, entre ellos, como es natural, dinero en abundancia.

—Y lo ha conseguido.

—Es protector de Forgox-III. Se supone que ha saqueado el tesoro.

—No me extrañaría en absoluto. ¿Qué más?

—Tienes cierta fama como ingeniero estelar. Parte de las modificaciones de los actuales generadores de las astronaves se te deben a ti. Terlus te ha dicho algo al respecto, ¿no es así?

—En efecto. Terlus me habló del Pozo Máximo, aunque ignoro exactamente de qué se trata.

—Es un pozo de doscientos veinte kilómetros de profundidad. Se hizo para proporcionar energía a Nymidia. Desgraciadamente, los cálculos fueron erróneos y la fuente de energía se agotó en menos de un año. Por lo demás, las instalaciones han sido conservadas en perfectas condiciones. Allá abajo es donde está la bomba disgregadora.

—¿Crees que yo puedo desactivarla?

Dorys sonrió.

—¿No te sientes con capacidad para desarmar algo en cuya construcción tomaste parte tan destacada?

Stuart respiró profundamente.

—Dorys, las bombas que nosotros construimos estaban destinadas a pulverizar pequeños asteroides, cuerpos celestes que pueden obstaculizar la navegación por el espacio y cuya disgregación no causa problemas gravitatorios a otros astros mayores. Pero nunca he visto una bomba de tales dimensiones...

—Ahora tendrás que hacerlo, Roddy.

—Y si me niego, Ilyana morirá.

—¿Por quién me tomas? —exclamó ella, vivamente encolerizada —. Si he traído a Ilyana aquí ha sido para obligarte a venir. Está perfectamente, insisto...

—Pero yo puedo negarme a bajar al fondo del Pozo Máximo.

—¿De veras tienes intención de negarte?

Stuart maldijo entre dientes. Dorys era sincera. No pretendía causarle ningún daño, pero, al mismo tiempo, comprendía la peligrosidad de enfrentarse con un artefacto capaz de convertir en polvo a un planeta.

—Es de suponer que la espoleta esté en situación inestable, dispuesta para ser activada por una señal de radio, si el hombre que la puso siente la inminencia de un peligro —dijo.

—Probablemente —admitió Dorys—. Pero tú lo evitarás, Roddy.

—¿Lo crees así?

Dorys hizo un gesto afirmativo.

—Eres nuestra última esperanza —declaró.

—Si yo fallo, Sehun se convertirá en polvo.

—Y si no haces nada, también. Pero contigo tenemos una

probabilidad de seguir viviendo libres.

Hubo un momento de silencio. Luego, Dorys añadió:

—Si desactivas la bomba, podrás pedir la recompensa que quieras. No habrá límites a tu petición.

Stuart la contempló durante unos segundos. Ella, de pronto, sonrió con cierta tristeza.

—No, no me pidas como recompensa —dijo—. Sólo sería un fogonazo, como ocurrió en Ophix-8, pero nunca duradero.

—Eres viuda, me ha dicho Terlus.

—Sí.

—Pero todavía eres muy joven y de una belleza terriblemente atractiva. ¿Por qué no te has casado todavía?

—¿Y tú?

Stuart suspiró.

—Tienes razón: he hecho una pregunta estúpida —dijo.

Dorys se le acercó y puso una mano en un brazo.

—De nada sirve vivir pensando en los muertos queridos —murmuró—. Ya ves: hubo un tiempo en que llegué a creer que no sabría superar la pérdida de mi esposo. Pero el tiempo pasa y…

—Debía de ser joven. ¿Murió de manera violenta?

—Un accidente. Mi esposo quería servir a su pueblo. Era como tú, un hábil y competente ingeniero. De él partió la idea de excavar el Pozo Máximo. Murió en un desprendimiento de tierras, a ciento ochenta kilómetros de profundidad.

—Lo siento de veras.

Ella se esforzó por sonreír.

—Todo pasa, Roddy. Es preciso encarar el futuro —dijo.

—Dorys, lamento no ser yo el hombre que…

La puerta del ascensor se abrió de repente. Un sujeto de unos cuarenta años de edad, alto y bien parecido, entró en la sala.

—Señora, dispénsame que interrumpa tu conversación con el ingeniero Stuart, pero tengo noticias urgentes que comunicarte. Y no buenas, además —manifestó, con voz claramente alterada.

Dorys se sobresaltó. Sin embargo, hizo un esfuerzo por dominarse y dijo:

—Roddy, te presento a Hassed, mi primer consejero. Hassed, éste es Roddy Stuart.

Los dos hombres se saludaron brevemente. Acto seguido, Hassed entregó un sobre a la joven.

—Estas son las noticias, señora —dijo.

Dorys abrió el sobre y extrajo de su interior un papel doblado en dos pliegues. Lo desdobló y leyó el mensaje escrito en él.

Stuart observó que el rostro de Dorys se cubría de una terrible palidez. Antes de que pudiera preguntar qué sucedía, ella le entregó la

carta.

—Lee, por favor.

Stuart tomó el papel. La lectura del mensaje le causó una terrible impresión:

> *«Eres muy listo, Roddy Stuart, pero tu presencia en Sehun es absolutamente innecesaria. Ilyana K-Zur está en el fondo del Pozo Máximo. Cualquier intento de desactivar la bomba producirá su funcionamiento inmediatamente. En cuanto a Su Gracia, la directora Dorys, deberá presentar su renuncia en el plazo límite de una semana, junto con su Gabinete. La renuncia deberá ser hecha en favor de Caiwur... ¡o Sehun se convertirá en polvo!»*

Stuart comió en completo silencio. Dorys no se atrevió ni por un solo momento a interrumpir sus meditaciones. Cuando terminó, Stuart dijo, sorprendentemente, que iba a echarse una siesta.

—¡Dormir! —respingó ella.

Stuart sonrió.

—Va a ser una especie de sueño con autosugestión —explicó—. Quiero recordar hasta los más mínimos detalles la estructura de una bomba disgregadora, y para ello debo concentrarme el máximo posible. Necesitaré unas cuatro horas de sueño total, en una habitación absolutamente aislada, sin el menor ruido.

—Mi propio dormitorio —ofreció Dorys sin vacilar.

—Gracias. Supongo que una bomba disgregadora de tamaño suficiente para pulverizar este planeta no debe de ser suficiente. Es muy probable que Kervinor haya montado varias, en batería, de modo que con activar una de ellas sea bastante para que las otras exploten también. Pero, al mismo tiempo, he de pensar en las formas posibles que Kervinor ha podido montar su trampa.

—¿Trampa? —repitió Dorys, atónita.

—Ilyana está en el Pozo Máximo. Si voy en su busca, incluso si sorteó todas las trampas y trato de sacarla de allí, la bomba explotará. Y eso es precisamente lo que quiero evitar.

—Voy comprendiendo. ¿Necesitas algo más?

Stuart contempló por enésima vez el mensaje emitido por Kervinor.

—Apostaría algo a que Caiwur está ya en Sehun. Si quiere ser proclamado director, ha tenido que llegar ya, a fin de hacerse presente en el momento de tu renuncia. Por supuesto, ha viajado bajo un nombre y hasta una apariencia distintos de los suyos habituales. Di a

tu primer consejero que me procure una lista de todas las naves, con sus tripulaciones y pasajeros incluidos, llegadas hasta este preciso momento. Estudiaré esa lista cuando me haya despertado.

—Así lo haremos, Roddy —prometió Dorys.

Ella le indicó el camino de su dormitorio. Stuart se quitó algo de ropa y se tendió en la cama. Dorys en persona corrió las cortinas. Antes de salir, lanzó una última mirada hacia el hombre que ya estaba sobre la cama, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Suspiró hondamente y se preguntó por qué no lo había encontrado antes que Ilyana.

CAPÍTULO XII

Seis horas más tarde, Stuart despertó y se fue a la ducha. El agua fría le despejó notablemente. Después de secarse, se vistió y pasó a la sala.

Dorys aguardaba allí, con los nervios a punto de estallar.

—Dijiste cuatro horas...

Stuart se echó a reír.

—Lo siento. La cosa resultó más complicada de lo que yo creía. Además, luego acabé por dormirme de veras. ¿Tienes ahí la lista de naves y ocupantes?

—Sí, aquí está.

—Dorys, por favor, pide algo de comer; estoy desfallecido.

Ella dio una orden a través de un interfono. Mientras, Stuart se sumió en el examen de la lista que Dorys le había entregado.

Una camarera vino más tarde con un carrito de ruedas. Dorys la despidió, diciendo que necesitaban estar solos. Stuart empezó a comer de inmediato, sin dejar de estudiar la lista.

Media hora más tarde, Stuart, con un lápiz, señaló dos naves.

—En mi opinión, estas dos naves son sospechosas. Puedes encargar a Halka y a Terlus que se encarguen de vigilar a sus pasajeros y tripulación. Uno de estos individuos debe de ser Caiwur.

—¿Y Kervinor?

—Ese es ya más escurridizo y, en cierto modo, no me importa tanto. Además, preveo que nos encontraremos.

—¿Dónde?

—En el Pozo Máximo, naturalmente. Tarde o temprano, acabaremos por encontrarnos y, confidencialmente, creo que será allí.

—Muy seguro te muestras, pero yo estoy a punto de explotar...

—Será mejor que te lo tomes con calma. Los nervios pueden jugarte una mala pasada. Además, tienes que hacer de actriz de teatro.

—¿Yo? —se sorprendió Dorys.

—Sí, tienes que desempeñar una comedia. Por favor, ¿quieres avisar a tu primer consejero? Dado el puesto que ocupa, conviene que sepa lo que va a suceder.

—Está bien.

Dorys utilizó el interfono por segunda vez. Al terminar, volvió junto a su huésped, quien parecía muy ocupado saboreando una copa de brandy añejo.

—Roddy, por favor, ¿cuáles son tus planes?

Los ojos de Stuart estaban fijos en la copa.

—Ilyana está en el Pozo Máximo —dijo—. Probablemente, casi seguro, está sola. Pero debe vivir al menos unos cuantos días. Por

tanto, le habrán instalado una especie de habitación, con agua y víveres suficientes, cuyo peso habrá sido calculado al miligramo, a fin de que no suceda nada por la eliminación natural de ese peso. Probablemente, Kervinor se habrá concedido a sí mismo un margen de dos o tres kilos, ya que considera probable que Ilyana, en su encierro y sin ejercicio, pueda aumentar de peso. Pero la trampa debe de funcionar de dos formas, lo mismo por exceso que por defecto de peso.

—A ver, explícate —pidió ella.

—Primero, yo sorteo todos los obstáculos y llego al fondo del Pozo Máximo. Alcanzo a Ilyana y en la habitación donde se encuentra hay ya un peso de ciento cuarenta kilos, es decir, la suma de los dos. La trampa funciona por rebasar el peso calculado de unos cincuenta y cinco o cincuenta y ocho, máximo que puede pesar Ilyana.

—Segunda probabilidad, Roddy.

—Yo llego al fondo del Pozo Máximo, con un anulador individual de gravedad, con lo que mi peso no gravita sobre el fondo de esa estancia, y me llevo a Ilyana. En la habitación faltan de pronto cincuenta y ocho kilos de peso y la bomba explota.

—Pero, entonces, no hay remedio —gritó Dorys—. Aunque Kervinor no pueda lanzar su señal de radio, la bomba estallará de todos modos.

—Hay una solución, no temas —sonrió él, maliciosamente—. Además, después de haber librado a Ilyana de su encierra, será preciso desactivar todas las espoletas. Dijiste que las instalaciones del Pozo Máximo estaban en perfecto estado de funcionamiento.

—Sí, así es.

—Dorys, debo darte una mala noticia. Alguien te traiciona, no sé quién es, pero no cabe la menor duda de que sin la ayuda de un traidor, Kervinor y Caiwur no habrían podido llevar a cabo sus planes. Será preciso una especie de golpe de mano entre el personal que vigila las instalaciones. Alguno de los que hay allí está de acuerdo con Kervinor.

—Creo que te comprendo. ¿Qué más, Roddy?

—Creo que segregaremos a Terlus de Halka. Este se dedicará a investigar los pasajeros y tripulantes de las dos naves sospechosas. Terlus se encargará del asalto y yo le daré las instrucciones precisas.

—Muy bien, estamos en tus manos —suspiró Dorys.

Hassed entró en aquel momento.

—Me llamabas, señora —dijo.

Dorys señaló a Stuart.

—Quiere hablarte —manifestó.

Stuart se acercó al consejero y dio dos vueltas a su alrededor, contemplándole especulativamente de pies a cabeza. Al cabo de un rato, se volvió hacia la joven.

—Servirá —dijo, después de un prolongado silencio.
—Pero ¿para qué? —exclamó Dorys, impaciente.
Stuart se volvió hacia el primer ministro.
—Hassed, tienes que tomar mi apariencia —dijo—. Dorys se paseará contigo casi constantemente, mostrándose muy interesada en mi humilde persona, casi, casi, enamorada...
—Pero nuestras facciones son distintas —protestó Hassed.
—Alguien las modificará o construirá una máscara, para que tengas mi misma cara. Si Caiwur y Kervinor tienen espías en la capital, y es seguro que los tienen, su confianza se adormecerá por completo.
—Voy entendiendo —sonrió Dorys—. ¿Qué te parece, Hassed?
—Primero me gustaría conocer los planes de Stuart —respondió el interpelado.
—Voy a bajar al fondo del Pozo Máximo...
Stuart habló durante unos minutos. Cuando terminó, Hassed se sintió mucho más aliviado.
—Todo lo que has dicho parece absolutamente lógico —declaró —. ¿Cuándo empezamos?
—Antes de dar un solo paso, me gustaría hablar con Halka y con Terlus —respondió el terrestre.

* * *

La entrada del Pozo Máximo estaba situada en el centro de un espacioso valle, custodiada por una docena de individuos armados, situados en el interior de una valla metálica que cerraba el recinto. La gran torre metálica, que sostenía la maquinaria del ascensor, destacaba claramente en la pálida claridad que proporcionaban las cuatro pequeñas lunas de Sehun.
Stuart, Terlus y los hombres escogidos por éste llegaron a las inmediaciones del Pozo Máximo. Stuart dio una palmada en el hombro del teniente.
—Puede empezar el baile cuando guste —dijo—. Recuerde, nada de muertes a ser posible y, sobre todo, nada de radio. Limítese a las señales luminosas convenidas.
—De acuerdo.
Terlus y sus hombres se perdieron hacia las sombras del fondo del valle. A partir de aquel momento, ellos serían los guardianes de las instalaciones del Pozo Máximo.
Entre los actuales había más de un inocente. Casi con seguridad, todos menos uno lo eran. Pero no costaría mucho encontrar al traidor.
Transcurrió media hora. De pronto, Stuart vio chispear varias veces la lámpara.
Echó a correr. Minutos después, se reunía con Terlus.
—Ha salido a la perfección —dijo el teniente, entusiasmado—. No

les hemos permitido usar la radio, ni el videófono...

Junto al edificio donde se alojaban los guardianes había una docena de hombres desarmados, custodiados por los hombres de Terlus. Algunos parecían furiosos, pero los más se sentían abatidos y desconcertados por algo que no entendían en absoluto.

Stuart quería encontrar al traidor y decidió hacer una sencilla prueba.

—Enciérrelos, teniente —ordenó.

Terlus le miró extrañado. Stuart le hizo un guiño disimulado y el teniente comprendió.

—Ahora, esperemos —dijo Stuart.

Pasaron unos minutos. De pronto, un hombre saltó por una de las ventanas del encierro y corrió hacia el edificio de comunicaciones.

Abrió la puerta y saltó hacia la consola de la radio. Dio el contacto y llamó:

—¡Kervinor! ¡Kervinor!

Stuart sonrió desde la puerta.

—Lo lamento, amigo —dijo—. La emisora tiene corriente, pero el cable que va a la antena ha sido cortado.

El sujeto se quedó de piedra. Stuart hizo una pregunta:

—¿Dónde está Kervinor?

El otro no contestó. Terlus, situado junto a Stuart, se dio cuenta de que una mano buscaba el cajón próximo.

La mano entró en el cajón. Cuando el traidor se volvía, armado con una pistola radiante, Terlus lo convirtió en humo de un certero disparo.

—Lástima que no nos haya dicho dónde está Kervinor —se lamentó.

—No importa. —Stuart señaló los mandos de la radio—. Ese hombre iba a hablar con Kervinor mediante una frecuencia convenida. Probablemente, le informaba a intervalos regulares de que todo iba bien. Nosotros también lo haremos, teniente.

—Buena idea —exclamó Terlus—. Pero no sabemos las horas de comunicación...

—Tendremos que correr ese riesgo, aunque, en alguna parte, debe de haber un cuaderno con los horarios de guardia. Como hay once prisioneros vivos, sabremos el nombre del muerto y sus turnos de guardia. Siempre queda, además, la excusa de un inesperado cambio de turno, ¿no cree?

Terlus dirigió al joven una mirada de admiración.

—Usted encuentra soluciones para todo —dijo.

—Tengo que encontrar la solución del caso más importante... ¡o Sehun se convertirá en polvo!

* * *

El hombre era alto, delgado, de nariz corva y pómulos agudos como vértices de pirámide. Cuando salía del lujoso hotel en que se hospedaba, un hombre le cerró el paso.

—¿Caiwur-Szol? —inquirió Halka.

—Se equivoca, amigo —dijo el hombre—. Yo me llamo Sitkhon D-Stur…

—Vamos, vamos, protector de Forgox-III —rio Halka, con aspecto bonachón—. No se moleste en disimular; conocemos perfectamente su identidad. ¿Quiere acompañarme por las buenas o prefiere que lo lleve atado como un salchichón?

Los ojos, menudos como bolitas de acero, de Caiwur contemplaron a los seis hombres, de duro aspecto y todos ellos con las manos en las culatas de sus pistolas, que formaban semicírculo detrás del oficial. Toda resistencia sería inútil, pensó Caiwur amargamente.

—Me entrego a la benevolencia de Su Gracia, la directora Dorys —dijo, untuosamente.

En aquel momento, un coche se detuvo frente al hotel. El conductor se apeó y alargó la mano para ayudar a bajar a su encantadora pasajera.

—¡Es Dorys! —exclamó Caiwur.

—Sí, parece que tiene ganas de divertirse un poco —sonrió Halka.

—Y ese hombre que la acompaña…

—Oh, me parece que es un terrestre llamado Roddy Stuart. Puede que se convierta en el esposo de Su Gracia, cosa que, a decir verdad, envidio profundamente. ¿Vamos, Caiwur?

Había un coche especial aguardando a poca distancia. Cuando iba a entrar en él, Caiwur se volvió hacia el oficial.

—Señor, tengo derecho a ciertas consideraciones debidas a mi rango…

Halka lo lanzó de un terrible puntapié al interior del vehículo. Caiwur lanzó un aullido de dolor.

—Lo que te mereces es una buena cuerda en el pescuezo —gruñó Halka.

Eh el lujoso vestíbulo del hotel, un hombre había contemplado la escena. También vio entrar a Dorys y a su acompañante.

De pronto, una camarera llegó con una bandeja en la mano, sobre la que se veía un sobre blanco.

—Señor, un mensaje urgente —informó.

—Gracias.

El hombre cogió la carta y dio una propina a la camarera. Luego rasgó el sobre.

Dentro había una breve nota: «Erynos Shord informa que todo marcha en orden.»

Aquella nota debía haber producido una sonrisa en el rostro de

Kervinor, pero sucedió todo lo contrario. El hombre que estaba junto a Dorys no era sino un perfecto doble.

Por tanto, Roddy Stuart sólo podía estar en un sitio: en el Pozo Máximo.

CAPÍTULO XIII

—El descenso será lento —dijo Stuart—. Ya sé que hay conductos de aire para que escape el que comprime el montacargas en su descenso, pero, aun así, una velocidad normal siempre origina en la base una presión ligeramente superior a la habitual. Por tanto, debemos permitir que el aire salga sin dificultades por los conductos de escape.

—De acuerdo. Pero bajar a cuatro metros por segundo consumirá muchas horas...

Stuart se encogió de hombros.

—No hay otro remedio —dijo—. Una presión excesiva del aire podría provocar el encendido de la espoleta, compréndalo.

Terlus se estremeció.

—Horrible —dijo.

—Sí, sería horrible.

Stuart entró en el montacargas, pesadamente cargado. Agitó una mano y Terlus hizo una señal al hombre que haría funcionar el motor.

Ante ellos se abría un pozo de casi cien metros de diámetro. Su profundidad máxima era de doscientos veinte kilómetros. Si la velocidad era, aproximadamente, de un cuarto de kilómetro por minuto, tardaría ochocientos ochenta minutos en llegar al fondo, más de catorce horas en una travesía en la que, en circunstancias normales, apenas si se empleaban quince minutos. Pero no podía tener prisa o la bomba disgregadora haría explosión y todos cuantos vivían en Sehun morirían cuando el planeta se convirtiera literalmente en polvo.

El montacargas disponía de un cómodo banco, en el que se sentó, dispuesto a pasar el tiempo lo mejor posible. Había también un pequeño cuadro de instrumentos, en el que aparecían la profundidad, la presión atmosférica y otros datos esenciales. Stuart había llevado consigo algo de agua y comida. Era preciso ser paciente.

Incluso descabezó un sueñecillo. A última hora tenía los nervios a punto de saltar. El viaje terminó al fin, lo que le hizo volver a la normalidad de ánimo. Ahora, más que nunca, le convenía actuar con el máximo de tranquilidad o todo terminaría en unos minutos.

Abrió la puerta del montacargas, que se había detenido a menos de un metro de un gran cajón cúbico, de metal, en cuya parte superior se divisaba una trampilla. Las poderosas lámparas de la base del montacargas proporcionaban la suficiente iluminación.

El cajón estaba sostenido por cuatro patas de metal, cilíndricas, de unos veinte centímetros de diámetro. Cada pata desaparecía en el interior de un enorme cilindro, también de metal, de unos cinco metros de diámetro por más de veinte de largo, calculó Stuart.

Los cilindros asomaban unos treinta centímetros de la superficie del suelo del fondo. Cada uno de ellos era una bomba disgregadora.

Lo primero que hizo Stuart fue colocarse el sustentador individual, que anuló su peso inmediatamente. Después, flotando con gran lentitud, empezó a moverse en torno al cajón, cuya altura era de unos tres metros.

Estaba cerrado por completo, sin ventanas. No obstante, Stuart pudo ver las aberturas de dos conductos de aireación. Se acercó a uno de ellos y dijo:

—Ilyana, soy Roddy. Por favor, permanece inmóvil. No se te ocurra dar saltos de alegría o estamos perdidos.

—¡Roddy! Sabía que vendrías... —contestó ella, con un gemido de alegría.

—Claro, preciosa. ¿Cómo iba a dejarte abandonada? Pero sigue donde estás o nos convertiremos en polvo.

—Sí, Roddy, haré todo lo que me digas... ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, Ilyana. Tú, quieta; yo me encargaré del resto.

Stuart hizo que el sustentador le colocara en posición horizontal. Luego, milímetro a milímetro, fue descendiendo, hasta que su pecho estuvo a menos de un palmo del suelo.

Con dedos sensitivos, tanteó la tapa de la primera bomba. Era preciso actuar con infinito cuidado; el menor fallo provocaría el encendido de la espoleta. Claro que podrían llegar a la superficie; una bomba disgregadora no era una bomba atómica, de explosión instantánea, pero el proceso de disgregación del planeta alcanzaría su punto máximo antes de que hubieran tenido tiempo de abandonarlo.

Con los dedos arañó suavemente la tierra del fondo. Al cabo de media hora de trabajo casi continuo encontró un cable enterrado a unos treinta centímetros.

Volvió al montacargas. Sudaba copiosamente, pero no por ello pensó en tomarse un descanso. Al regresar, llevaba consigo algunas herramientas.

Lo primero que hizo, fue cortar el cable de conexión que enlazaba aquella bomba con las dos de los ángulos próximos. Luego, con un soplete de llama corta, pero que actuaba a 5.000°C, cortó la mayor parte de la tapa.

Los mecanismos de la bomba quedaron al descubierto. Stuart recordó mentalmente los planos en los que él había tomado parte principal año atrás. Sí, allí estaba la espoleta, aquel tubo rojo, de medio metro de largo por cinco centímetros de grueso.

El tubo entraba en su alvéolo mediante un sistema de bayoneta. De repente, Stuart presintió la inminencia de algún peligro.

Kervinor, se dijo, no iba a ser tan tonto como para permitir quitar

la espoleta por el procedimiento ordinario. Sin duda había insertado otra que se activaría si la primera era quitada dé su sitio. Pero ¿dónde estaba aquella maldita espoleta?

La que tenía a la vista se hallaba situada en el centro de un impresionante conjunto de circuitos, que entrarían en funcionamiento, apenas recibiesen la cantidad de energía suficiente para la ignición del pequeño horno nuclear, que activaba la descarga disgregadora. Para Stuart, no había más que una solución.

El sustentador antigravitatorio le colocó con los pies hacia arriba. Perdió medio metro de altura y alargó las dos manos. Tanteó con infinito cuidado. Sí, allí estaba el cable de conexión con el horno nuclear.

Unos alicates le permitieron cortar el cable. Ascendió un poco y sacó la espoleta.

Contuvo el aliento. En la bomba debería haberse encendido ya una luz ámbar, caso de que se hubiese activado la espoleta. Infinitamente aliviado, supo que había hallado la solución.

Pero aún quedaban tres espoletas más.

Aún no podía dar el trabajo por concluido. Volvió al montacargas y tomó unos sorbos de vino, lo justo para reconfortarse un poco.

Dos horas más tarde, levantó la trampilla del cajón.

—Hola —dijo alegremente.

Ilyana le miró desde el suelo de su encierro.

—Roddy...

Stuart alargó una mano.

—Ya no hay peligro —dijo.

Ilyana se sintió elevada en el aire. Al hallarse en lugar seguro, sus rodillas se doblaron un poco.

—No... no es nada... Sólo un ligero vértigo...

—O quizá va a tener un niño —dijo de pronto, una voz burlona.

Stuart se puso rígido.

—Kervinor —dijo, sin volverse.

* * *

—En efecto, aquí estoy —confirmó el aludido.

Stuart giró lentamente.

—Tu cara es distinta...

Kervinor se echó a reír.

—Su Gracia, la encantadora directora Dorys, me dio la solución, cuando la vi acompañada de tu doble. Entonces, yo he tomado el aspecto del primer consejero. Los hombres de allá arriba no han puesto ninguna objeción a que un hombre del rango de Hassed bajara a inspeccionar tus trabajos.

—De modo que sospechaste el engaño...

—Es muy sencillo. El mensaje que alguien me envió desde aquí,

llevaba el nombre de mi colaborador. Este usaba siempre dos cifras: las correspondientes a los ordinales de sus iniciales, según el orden alfabético. Cuando leí el mensaje sin la clave convenida, supe que el hombre que estaba con Dorys no eras tú.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Activar de nuevo las espoletas? —preguntó Stuart, mientras contemplaba la pistola que el otro tenía en la mano.

—Bien mirado, no sería mala idea. Pero me daría mucho trabajo. Roddy, tú me has buscado durante muchos años. Ya me has encontrado.

—Caiwur ha sido capturado. Me lo informaron cuando bajaba al pozo —dijo él.

—Lo sé, pero eso no me importa en absoluto. Tú ya conoces mi modo de pensar. Yo le ayudé y, como de costumbre, cobré por adelantado. Si él fracasa en la parte que le toca de su papel, la culpa no es mía.

—También le ayudó a expulsarnos a mi abuelo y a mí de Forgox-III —acusó Ilyana.

—Era un trabajo como otro cualquiera —respondió Kervinor cínicamente—. Me pagaron bien, eso es todo; pero luego, Caiwur me propuso la conquista de Sehun. Mejor dicho, lo propuso hace ya mucho tiempo, pero necesitaba antes hacerse el dueño de Forgox-III, a fin de conseguir fondos. Dyrmols, Syrmols y su gente, por ejemplo, no eran baratos cobrando su trabajo.

—De modo que todos esos obstáculos...

—Más que nada, lo que quería era evitar que me dieras alcance. En cuanto a Lou Ernez, me había localizado. Lo siento, sé cuánto lo apreciabas, pero no tuve otro remedio que eliminarlo.

—Como eliminaste a mi esposa.

Las facciones de Kervinor se deformaron.

—Ella me amaba a mí —gritó—. Pero tuviste que llegar tú y...

—Entonces, ¿por qué no me mataste a mí?

—El veneno que ella tomó era para ti, Roddy. Lo único que sucedió es que era una chica muy hermosa, pero con poco seso. Estaba advertida y, aun así, se confundió de bebida.

Stuart sintió algo extraño en su interior. Ilyana le miró con curiosidad. Tantos años adorando la memoria de una mujer muerta..., que había tramado su asesinato en complicidad con su amante...

—Le deslumbraste en un principio —continuó Kervinor—. Pero luego se dio cuenta de que tú no eras el hombre que necesitaba. Demasiado serio, demasiado estudioso; apegado a tus trabajos y olvidado de ella...

—Egon, gracias por lo que has dicho —sonrió Stuart—. Si hubiéramos hablado antes, los dos nos habríamos evitado muchos

sinsabores.

—¡Pero ella murió por tu culpa! ¿Es que no lo comprendes?

—Yo no planeé el asesinato de ningún ser humano y mucho menos de una mujer a la cual amaba y que me iba a dar un hijo. Ella sabía ya cómo era, de modo que pudo rechazarme cuando la pedí en matrimonio.

—¿Cómo iba a rechazar la hija del profesor Wackewitz al más brillante de los alumnos de su padre? ¿No lo entiendes aún, Roddy?

—Está bien. Acabemos de una vez. Ilyana y yo estamos en tus manos —dijo Stuart serenamente.

La mano de Kervinor se alzó poco a poco. De pronto, un rayo de luz roja cayó de las alturas.

Kervinor gritó débilmente. Pero casi en el acto, se convirtió en humo.

—Creo que he llegado a tiempo —gritó el teniente Terlus—. Ese hombre no era el primer ministro. Nos engañó...

—No tiene importancia, teniente. Todo ha terminado ya —dijo Stuart, sintiéndose infinitamente cansado.

De repente, se oyó un sordo rumor que procedía de las entrañas de la tierra. Terlus, en uno de los montacargas, lanzó un grito de alarma:

—¡Aquí va a suceder algo! ¡Rápido, salgamos antes de que sea demasiado tarde!

Esta vez, el ascensor subió a la máxima velocidad, mediante el mando independiente. Apenas llegaron a la superficie, Stuart ordenó la evacuación del lugar.

Diez minutos más tarde, una altísima columna de fuego surgió del pozo, barriendo las tinieblas en una extensísima zona. En lugar seguro, Stuart, Ilyana y los demás, contemplaron asombrados el extraño fenómeno.

* * *

—No hay peligro —dijo Stuart—. El fuego interno ha consumido las bombas disgregadoras, haciéndolas arder de un modo completamente inofensivo. Pero fue el disparo de Terlus lo que, seguramente, provocó la ruptura de la débil capa de tierra que había bajo el foco de calor interno.

Stuart miró a Dorys y sonrió.

—Tu esposo, al final, tenía razón —dijo—. Ahora podréis disponer de una fuente de energía inagotable para Sehun.

—Necesitaremos un buen ingeniero que dirija los trabajos. Fija tú mismo los honorarios, Roddy.

Stuart meneó la cabeza, mientras pasaba un brazo por los hombros de Ilyana.

—No —respondió con firme acento—. Estoy cansado de todo

esto. Fui un niño prodigio para las matemáticas, la física, la electrónica, la astronomía,.. Eso fue lo que, a fin de cuentas, destrozó mi vida. Wackewitz me eligió como su discípulo preferido, pero en pocas semanas yo le había adelantado ya. Francamente, detesto este género de vida. Tal vez, un día, vuelva a ocuparme de la ingeniería estelar…, pero no es seguro.

—¿Qué harás, entonces? —preguntó Dorys.

—Me espera una luna de miel con una mujer que tampoco quiere honores —sonrió él.

—Prefiero ser la señora Stuart antes que la protectora de Forgox-III —declaró Ilyana sinceramente.

—Un bonito papel —suspiró Dorys—. Por cierto, Caiwur ha sido devuelto a Forgox-III. Allí será juzgado por los tribunales de justicia.

—Es una excelente solución —aprobó Stuart—. Dorys, Ilyana y yo te damos las gracias.

—¿Adónde vais? —preguntó Dorys.

Stuart se volvió para contemplar a su futura esposa.

—Hay un sitio encantador en un planeta llamado Summor-10. Después de la luna de miel… Bien, ya estudiaremos nuestro porvenir; no tenemos prisa, ¿verdad, Ilyana?

La muchacha asintió. Sentíase inmensamente feliz.

Ya no tendría que luchar con el recuerdo de una mujer muerta.

—Así es —confirmó.

Stuart e Ilyana se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir, Stuart se volvió.

—Ah, Dorys, he oído decir que Hassed es soltero. Podría ser un excelente esposo para ti.

Ella sonrió suavemente.

—Se lo consultaré —respondió.

—Dirá que sí, claro.

Stuart lanzó una alegre carcajada. También él se sentía liberado de la enorme pesadumbre que había abrumado su ánimo durante tantos años.

—Ilyana, en marcha a Summor-10 —exclamó.

—Vamos allá, querido —contestó ella.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Españ

PRECIO EN ESPAÑA: 15